

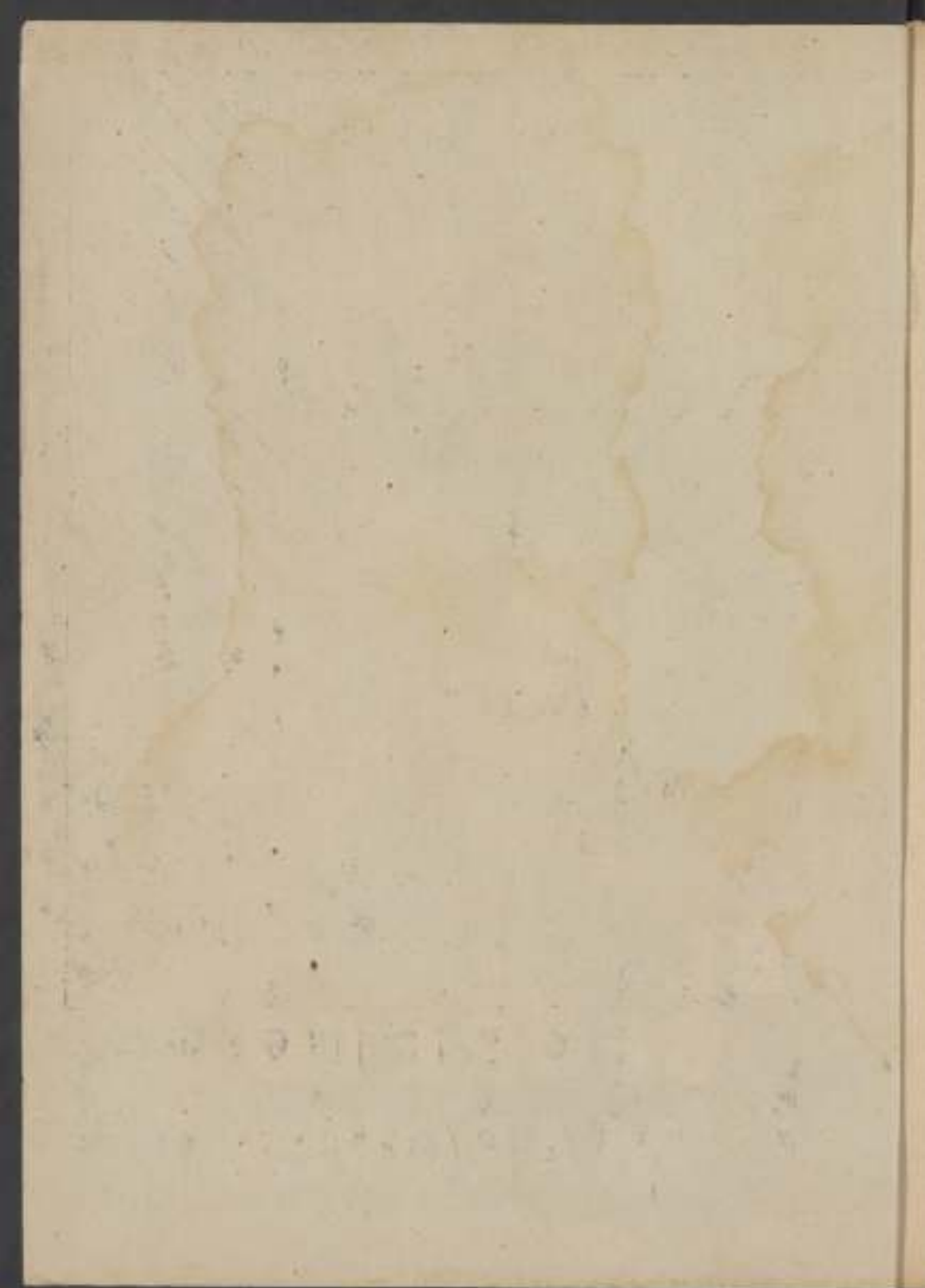
EDICIONES BIBLIOTECA FILMS · Serie *Alfa

Editorial **Alfa**

ARMANDO
FALCONI

CATERINA
BORATTO
GINO
CERVI

EL
SECRETO
del **MARQUES**





EL SECRETO
DEL MARQUES

Reservados los derechos de
traducción y reproducción

IMPRENTA COMERCIAL - MAS y SALA, S. L.
Valencia, 234 - Teléfono 70657
BARCELONA

EDICIONES BIBLIOTECA FILMS

DIRECTOR PROPRIETARIO: RAMÓN SALA VERDAGUER

ADMINISTRACIÓN, REDACCIÓN Y TALLERES:
Valencia, 234 - Apartado Correo 707 - Telef. 70667 - Barcelona

AGENTE DE VENTAS: Sociedad General Española de Librería
Barbérá, 14, Barcelona-Tetxán, 17, Madrid

EDITORIAL
"ALAS"

AÑO XVII

EDICIONES BIBLIOTECA FILMS
SERIE ★ ALFA
NUM. 53

NUM. 313

EL SECRETO DEL MARQUES

La felicidad no sólo consiste en vivir una vida cómoda a fuerza de dinero, sino que hay otras miras mucho más sublimes, que son las que pueden dar la felicidad a las personas: la familia.

Pero la familia no hay que buscarla por medios ilícitos, como sucede en esta novela. Hay que lograrla siempre por medio del bien y del auténtico camino. Mas si por un tropiezo ésta surge ilegalmente, no debe desentenderse uno del problema y de los cuidados que los hijos así nacidos deben tener para nosotros.

Aquí se nos da un claro ejemplo de que la felicidad no se obtiene más que por el camino recto, pues si bien el amor triunfa al final y el marqués sale airoso de su mala reputación, no es por otra cosa que por la renuncia que hace en beneficio de su hija y por el cariño que ésta le tiene.

Calle del Mar, 60
VALENCIA



Calle Valencia, 235
BARCELONA

Avenida de José Antonio, 41. - MADRID

PRINCIPALES INTERPRETES

<i>Marqués de Lucera</i>	Armando Falconi
<i>Giarmina</i>	Caterina Boratto
<i>Vigna</i>	Camilo Piloto
<i>German</i>	Gino Cervi
<i>Salvador</i>	Sergio Tofano

Director:

Amleto Palermi

Narración literaria de
JULIO MAYOR

EL SECRETO DEL MARQUES

RESUMEN ARGUMENTO DE LA PELÍCULA

EN una suntuosa sala de juego de un elegante casino italiano se hallan reunidos en torno a la mesa un grupo de habituales y nocturnos jugadores. Sus trajes de etiqueta, impecables y de buen corte, revelan a una distinguida clientela de club privado que parecen no tener más oficio ni ocupación que la de pasar las noches enteras manejando volubles fortunas que pasan de mano en mano al compás de la suerte que proporcionan las cartas del bacará.

Un eterno gesto de aburrimiento se aprécia en los rostros de los camareros, que, por imposición de su deber, han de soportar las noches enteras viendo cómo se arruinan y enriquecen tantas y tantas personas

como se sientan en torno a la fatídica mesa de juego.

El que más exageradamente da estas visibles muestras de fastidio es Mattia, conserje del club, hombre grueso y bonachón, con un poco de genio inofensivo.

En la alargada y reluciente mesa de juego no quedan huecos por ocupar, y por tal motivo, tras los jugadores se ve una compacta fila de señoras y señores que esperan ansiosos la ruina de alguno de los que hay sentados para poder ocupar su puesto. Otros, en cambio, son los habituales «mirones» que nunca faltan en las reuniones de esta índole.

Es curioso observar las reacciones fisonómicas de los que juegan su fortuna, o bien el dinero que han

pedido prestado a sus amigos. Es una verdadera mezcla de gestos contradictorios de infinita alegría y profunda desesperación. Otros, en cambio, los que podemos llamar profesionales de las cartas, más acostumbrados a los réveses y azares de la fortuna, permanecen impassibles aun cuando sus pérdidas o ganancias se elevan a sumas cuantiosas. Uno de éstos es el famoso y célebre marqués de Lucera, hombre de rancia aristocracia cuya única profesión ha sido malgastar el dinero que recibió de sus antepasados y vivir luego del crédito y de los préstamos que le hacen sus amigos.

Pero estos préstamos han ido reduciéndose cada vez más, hasta el extremo de que el marqués de Lucera pasaba una situación verdaderamente apurada. No obstante, el marqués de Lucera era un hombre de aspecto agradable que sabía ganarse la simpatía y estimación de los demás por su gracia habitual y porque, lejos de arredrarse, miraba siempre al porvenir con la mejor de sus sonrisas. Jamás se vió en él una sombra de pesimismo que turbase la tranquilidad de los demás. El soportaba dignamente las épocas en que la fortuna se empeñaba en volverle la espalda.

El marqués de Lucera, como decíamos, era uno de los impassibles

jugadores que se hallaban sentados en torno a la reluciente mesa. Le vemos hacer una postura de todo el dinero que tenía ante sí, al mismo tiempo que la voz sonora del «croupier» decía campanudamente:

—Última postura, señores... Hagan juego... No va más... Ocho la banca.

—Has perdido otra vez, ¿eh? Estás dormido ante las cartas—reprocha Vigna al marqués de Lucera.

Vigna es de los clásicos «miro-nese» de que hemos hablado antes, asidua y perenne sombra del marqués. Es decir, un elegante vividor que al lado de Lucera pasó los momentos que éste tuvo de esplendor y de riqueza, y que hoy, en la ruina, aun sigue a su lado porque piensa que el título y el antiguo prestigio del marqués aun pueden rendir buen fruto, del que, naturalmente, sacará su parte.

—No lo soporto más—confesta Lucera—. No se respira... ¿No se pueden abrir las ventanas?—dice dirigiéndose al conserje Mattia.

—Claramente—responde el aludido, que parecía esperar una ocasión propicia para advertir a los señores lo tarde que era—. Así verán los señores que amanece.

Pero la alusión no hace mella en los demás jugadores, que, enfrascados y aturridos por el juego, no

piensan más que en llevarse la fortuna de los demás. Uno de los jugadores que quiere recuperar sus pérdidas, dice:

—No, no abra usted... La luz del día me produce jaqueca.

—Como usted quiera—se resigna Mattia.

—Eres un tirano—responde el marqués al jugador que se negó a que abriesen las ventanas.

—Tú espabilate—intercede Vigna dirigiéndose a su amigo el marqués—. Enciende el cigarrillo... Mattia, dé usted fuego al señor marqués de Lucera.

—Tenga, señor marqués—se apresura el aludido conserje encendiendo un fósforo.

—Gracias.

—De nada—contesta amablemente el conserje.

Mientras, el juego seguía su curso y las cantidades de dinero pasaban de uno a otro jugador. El marqués, naturalmente, por falta de dinero, no intervenía en la jugada que se estaba celebrando, y a fe que con gran disgusto por su parte y más todavía por parte de su amigo Vigna, que, al oír al «croupier» cantar en alta voz: «Siete... siete... La banca paga», se lamentó de la siguiente manera:

—Escucha esto, Lucera. Hemos perdido un buen golpe.

—¿Por qué vienes a distraerme?

—le reprocha el marqués, que sin duda olvidaba que no era por distracción por lo que no había jugado, sino por falta de dinero.

—Vamos, hagan juego, señores... Última vuelta—gritaba con insistencia el «croupier».

El marqués se mira en todos los bolsillos, por si en alguno encontraba algo con que poder seguir ante la mesa del vicio, al mismo tiempo que le dice a Vigna:

—¿Te queda algo a ti?

—A mal sitio acudes... ¿Te han desplumado ya?

—Del todo... ¡Ah, he aquí un billete de diez!—dice alegremente el marqués al encontrar un billete en uno de sus bolsillos.

—Son dos los que tienes—afirma Vigna al ver que, en efecto, eran dos los billetes que su amigo había encontrado.

—Sí, pero éste ya está reservado—contesta Lucera con algo de misterio.

El marqués entra nuevamente en juego, pide carta y muy despacio va ligando los tantos que tiene. Ligeramente se nota en él un poco de emoción. Son las últimas monedas que le quedan y tiene tras de sí la mirada interesada de Vigna. A una señal del «croupier», canta en alta voz su carta:

—Dos.

—Siete—contesta el «croupier» levantando la suya.

—Tabla rasa—confirma resignado y con un poco de ironía el marqués—. Buenas noches, señores—se despide.

Lucera había perdido todo su dinero, pero con la naturalidad del que está acostumbrado a verse con frecuencia en casos semejantes, se levanta, enciende un pitillo y sale lento y majestuosamente. Su semblante, sereno, no revela al hombre que ha tenido toda una noche a la fortuna vuelta de espaldas. Parece más bien que le ha estado mirando cara a cara sin abandonarle ni un solo momento.

—He cumplido mis ocho horas de trabajo—dice con ironía el marqués.

—Indignamente—le censura su amigo Vigna.

Tras ellos sale también, muy solícito, el conserje Mattia, que servilmente, con algo de exageración, va abriéndoles todas las puertas y reclama del guardarropa sus abrigo y sombreros. Esta solicitud de Mattia, tan manifiesta, no está impulsada solamente por su calidad de conserje, sino por algo más que ahora vamos a ver. Mientras Mattia recoge sus abrigo y les ayuda a ponérselos, Lucera dice a su amigo:

—Marcho al merecido reposo.

Mattia, con un poquito de intención, se inclina ante el aristócrata y dice respetuosamente:

—Señor marqués...

—Es verdad—contesta éste—. Los últimos son siempre para ti.

Y sacando del bolsillo el billete que había reservado, se lo entrega a Mattia.

He aquí ya justificadas las palabras del marqués cuando dijo, señalando a los dos billetes que encontraba en su bolsillo, «Este está reservado», y justificadas también las continuas reverencias que Mattia hacía al generoso Lucera. Y es que el marqués tenía la costumbre de reservar todas las noches un billete de diez liras para el conserje.

—Mil gracias, señor marqués—reza el agradecido conserje.

—Adiós, querido—contesta Lucera.

—Después le daré—dice Vigna, dirigiéndose a la encargada del guardarropa, después de buscarse inútilmente en los bolsillos algunas monedas que darle.

Esto de buscarse en los bolsillos con afán de ser generoso, era una costumbre muy arraigada en Vigna que nunca, naturalmente, encontraba nada. Esto lo tenían muy sabido todos los servidores y camareros del Club que, sólo por respe-

to, simulaban creer era verdad el sano propósito de darles una propina. Por ello, la encargada del guardarropa contesta, sonriente:

—Gracias, señor.

Los dos amigos abandonan el club donde han pasado una velada desastrosa, escoltados por la mirada de Mattia y la encargada del guardarropa. Esta, haciendo un leve movimiento con la cabeza, dice a Mattia:

—Ah, sesión negra para el marqués.

—Ahora está ya muy envejecido. Debiste haberlo conocido veinte años antes: guapo, rico, simpático... las señoras se lo disputaban —contesta con vehemencia y admiración el agradecido Mattia.

—Bien se ve que es siempre un señor —confirma la chica con un gesto que nos hace pensar que hubiese deseado conocerlo años antes.

Su mirada lánguida y soñadora la dejamos en el vacío para ir nuevamente junto al marqués de Lucera y su amigo Vigna. Ya están en la calle y, como les había advertido el conserje, era pleno día. Esa hora clásica de la mañana en que coinciden en la calle, ofreciendo el contraste de sus distintas vidas y profesiones, los que madrugan para ir a sus respectivos trabajos y los que trasnochan alegremente

porque no trabajan. Unos salen y otros entran a sus hogares; entre estos últimos, naturalmente, están nuestros dos amigos. Caminan lentamente, con esa despreocupación del que ya lo tiene todo hecho, porque en verdad, nada tiene que hacer; ni aun pensar en el día de mañana, cosa que jamás había hecho nuestro amigo Lucera, aun cuando la situación se le ofrecía tan estrecha como en estos momentos.

—Buenos días, señor marqués —le saluda el barmendero de la calle, que ya le conocía porque todos los días se cruzaba con él a la misma hora.

—Buenas noches, Carlo —contesta, distraído, el aristócrata, ya que para él, mejor dicho, para su forma de vivir, los días eran noches y las noches días — ¡Ah, Dios, cuánta estrella en el cielo, qué luna, cálida noche! ¡Ah!

—Si hay sol ya —le dice extrañado Vigna.

—Bah, no me molestes... Cuando la bella voz volvió a sentir cantar... ¡Ah, qué poeta Salvatore di Giamo! —comienza a recitar Lucera.

—Eres grande —tiene que confesar, admirado, su amigo.

—¿Por qué?

—Porque... la cartera vacía... el hambre... la miseria... la soledad... y... tú declamas versos.

—¿Qué debería hacer?—interroga el marqués, un poco intrigado por las palabras de su amigo, en las que no había pensado.

—Pensar en tu porvenir... en el mañana... es decir, en tu mañana... de mañana.

—Mi porvenir... ¿Tú ves esta colilla?... es como mi porvenir: unas bocanadas y... ¡Bah!

La filosofía del marqués no termina de convencer a su amigo Vigna, que hace un gesto de protesta rápidamente por otro más expresivo de paciencia.

—Santas y buenas, señor marqués — le saluda el vendedor de periódicos, que es otro de los conocidos callejeros del marqués, por sus diarios encuentros. Y a un ademán del vendedor que le alarga el periódico, sin duda como todos los días, Lucera responde:

—¡Ah, querido! Sí, sí, toma treinta. Te pago así el de ayer—dice mientras se saca unas monedas sueltas del bolsillo y las entrega al vendedor—. El resto para ti.

—Mil gracias—contesta el aludido.

—¿Cómo! ¿Aun tiras el dinero?—intercede extrañado Vigna, cuando el vendedor se marcha, al ver

que ha dado una propina, encontrándose, como estaba, tan falto de dinero.

—Aun queda algo de margen.

Continúan andando despacio y se detienen ante un café, cuyos madrugadores camareros estaban abriendo en esos momentos.

—Buenos días—les dice el camarero.

—Buenas noches—contesta Lucera, al propio tiempo que entra al interior del café.

—Buenos días—les dice otro camarero que acude a servirles.

—Buenas noches—responden Lucera y Vigna a un mismo tiempo.

—¿Noches?—comenta para sí el extrañado camarero, que no termina a comprender cómo le llaman noche al día. Vigna, sin hacerle caso, le dice:

—A mí, café solo y clarito.

—A mí, cargadísimo.

—Está bien—responde el camarero mientras se aleja para traer el servicio peddido.

El marqués abre el periódico que lleva en la mano y se pone a leerlo en alta voz. Sólo recorre con la vista los títulos, con esa negligencia del que vive al margen o no le interesa lo que pasa por el mundo.

—Precisión del tiempo... Anticiclón. Atlántico...

—Bueno, deja en paz el antici-

cloré y vamos en cambio al grano —le interrumpe, desesperado, Vigna, al ver la enorme tranquilidad de su amigo. Pero éste, sin hacer caso de la interrupción, continúa leyendo en voz alta:

—Parto de tres gemelos en Foggia... y de cuatro gemelos en Sapienza... Cuatro... ¡Así da gusto...

—Estos lo entienden, querido. Los bastones de su vejez se los fabrican en series de tres y cuatro, y tú, en cambio... viejo, sin apoyo, solo, aislado, en la miseria y sin ningún apoyo... —le dice Vigna con ademán trágico.

—Sí, es la vida —contesta pensativo el marqués, que hasta ahora, a sus años, no había pensado nunca en semejante cosa.

Esta situación es aprovechada por su amigo, que, juntando su silla más aún a la del marqués, e inclinándose sobre él, le dice con algo de misterio:

—Oyeme... Tú estarías aún a tiempo...

—¿De criar gemelos? —contesta Lucera rápidamente, creyendo ver en las palabras de Vigna una alusión a él.

—No... de buscártelos —aclara con el mismo misterio.

—¡Ah... el mismo argumento! —rechaza, despreciativo, Lucera, a

quien, sin duda, ya le había hecho Vigna otras insinuaciones semejantes—. Abandónalo. Me pones nervioso. ¡Qué obstinación la tuya!

—Con los nervios no resolverás nada —trata de defenderse Vigna, que no abandona la idea de buscar hijos falsos a su amigo—. Ven aquí... razonemos.

—¿Y qué razonaremos?... Yo no pienso ni puedo inventarme a pares los hijos. Es inverosímil.

—¿Inverosímil que tú hayas tenido varios hijos sin saberlo... y que hoy te encontrases con alguno? ¡Sería la cosa más natural del mundo! —afirma persuasivo Vigna.

—¿Cómo eres tan infantil?... Tú buscas un jovencito que no haya conocido jamás a sus padres y le dices... ¡Este es tu padre! Tú eres hijo del marqués de Lucera... El te cree... se conmueve; yo le reconozco, me hago mantener y resuelvo el problema de la vida... ¡Qué infantil eres, amigo Vigna!

—Es... el bastón en que apoyarse. Sencilísimo —continúa éste instigando.

—Sencilísimo, pero es mentira —le interrumpe violentamente el marqués—. La más odiosa de las mentiras. La mentira del sentimiento. ¡No lo haré jamás!

—Entonces... si te quedan conocimientos, aprovéchalos... para en-

contrar un puesto en los refugios de mendicidad—deja caer maliciosamente Vigna, que ve perdidas sus esperanzas de seguir viviendo a costa del marqués, como lo había hecho hasta ahora.

Lucera parece dudar un momento por las palabras de su amigo, y ya casi convencido, pero no queriendo mostrarse abiertamente, dice:

—Como si fuese fácil encontrar ese hijo pronto.

—Y ¿si yo lo hubiese encontrado ya, no uno, sino dos? Atiende, uno es banquero y el otro comerciante... Están segurísimos los dos de ser tus hijos... Yo escogería al banquero, ¿eh?

El camarero, que acababa de servirles el café, se queda discretamente junto a ellos, escuchando la conversación. Pero Lucera se da cuenta y le grita:

—¿Qué es lo que está escuchando usted?

—Oh, perdonen —se excusa el curioso, retirándose.

—No, yo no engañaré jamás a nadie. Pobres chicos, ¡jamás!—Pero Lucera pronunció estas palabras sin tener seguridad en lo que decía, es decir, en la rotunda negativa que le hacía a su amigo.

—Pero, ¿qué engaño, iluso? Es gente que será feliz, ¿entiendes?

Feliz de haber encontrado a papá. A su queridísimo papá.

—No, no, mejor la miseria.

—¿La miseria...? Si reflexionas un poco...

Y con estas palabras dejadas en el aire, como queriendo servir de continua meditación al marqués, les abandonamos en su conspiración sentimental para encontrarnos nuevamente con Lucera, después de haber pasado varias horas, en su propio palacio y en la intimidad de su lecho.

Porque palacio era verdaderamente la casa que habitaba Lucera, a pesar de que este lujo y majestuosidad estén en contradicción con la forma de vivir de su propietario. Todos habréis pensado, como yo, de cómo el marqués, en la ruina, podía conservar todavía una vivienda tan lujosa sin haberla vendido o haberse la jugado a las cartas como todo su capital. Mas la contestación es bien sencilla. Y más adelante se nos aclara; pero yo, no obstante, voy a anticipársela. En una de las cláusulas de la herencia del marqués dice que el palacio no podrá ser vendido ni transferido sino dejado en herencia a su hijo. Este es, sencillamente, el motivo por el cual el alegre marqués conservaba una fortuna de la que no podía hacer el menor uso.

APARECE EL PRIMER HIJO

NUESTRO gran amigo el marqués de Lucera duerme plácidamente en su blando lecho. La habitación es amplia y suntuosa, como corresponde a un gran palacio, cuna y mansión de una de las más rancias y aristocráticas familias italianas que desde hace muchos años ostentan el noble título de Lucera, y que, por tradición, el varón, cabeza de familia, siempre se ha llamado, pomposamente, Cristóbal Juan María Lucera, marqués de Lucera.

Nuestro amigo el marqués, como decimos, duerme tranquilamente, ajeno a los transcendentales hechos que van a tener lugar en su familia. Soave, la doncella del marqués, descendiente de una familia que

también por tradición han sido siempre servidores de los Lucera, es la única servidumbre que queda en el palacio del aristócrata arruinado. Soave es joven y bonita, fiel a la casa que le vio nacer y, por tanto, fiel al marqués. Es una sirvienta ideal con el único defecto de ser excesivamente curiosa; le gusta enterarse de todo y tomar, incluso, parte en las conversaciones de sus señores. Por lo demás, nunca protesta de su trabajo ni hace la menor alusión a que le paguen sus honorarios, por tanto tiempo atrasados.

Soave entra muy decidida en la habitación del marqués y abre las ventanas y corre las cortinas. La luz del día, mejor dicho, de la tarde, entra a raudales en la alcoba,

inundándola con su alegría. Este procedimiento, que podemos llamar de «apertura», es el mejor despertador para arrancar de su sueño a Lucera; cosa rara, ya que él, como sabemos, sólo duerme de día.

El marqués da unas vueltas perezosas en la cama y con voz que delata el profundo sueño que acaba de tener, dice:

—Eh, cuánta luz... me vais a cegar... ¿Qué ocurre, Soave?

—Señor marqués, son ya las quince—contesta la doncella.

—¿Las quince, dices? Caracoles... las quince ya... las quince. Querrás decir las tres. Lo haces a posta para que así parezca más tarde—dice furioso Lucera.

—Está bien, diré siempre las tres.

—Hoy, que pensaba levantarme antes de las dos...

—¡Oh! ¿El señor marqués tiene que hacer hoy?

—No lo sé. Y aunque lo supiese no te lo diría. ¿Nunca te han dicho que la curiosidad es un pecado?

—No; me han dicho que es una enfermedad—contesta con un poco de atrevimiento la doncella, que, con el marqués, y con todos los que visitan la casa, emplea una confianza nada común en una chica de su clase. Pero es que Soave, seguramente por el tiempo que lleva al

servicio de los Lucera, tiempo este en que no ha cobrado un solo céntimo de sus honorarios, se cree con derecho a mezclarse en los asuntos íntimos de la casa como si fuese una más de la familia—. Pero estar enferma no es culpa—continúa la doncella.

—No; pero puede uno curarse—le interrumpe el marqués.

—Está bien, me curaré.

—Hazme un café bien azucarado—ordena Lucera, cambiando la conversación.

—¡Ay Dios!, no hay azúcar—replica con algo de malicia Soave.

—Pues házme lo amargo—se conforma el marqués.

—No hay tampoco café—es la contestación de la doncella.

Vemos aquí hasta qué extremo habían llegado las cosas en casa de la familia Lucera, que, a decir verdad, no tenía más miembro este aristocrático linaje que nuestro amigo el marqués. Así, pues, él mismo, o mejor dicho, él solo sufría las consecuencias de sus vicios y de su vida alegre y poco sensata.

—Entonces tráeme un vasito de agua—se conforma el marqués ante la evidencia de las dos negativas anteriores de su doncella.

—Pero si quiere, puedo ir a pedirselo al tendero. Ya nos conoce, pagaremos mañana—dice Soave,

tratando de ayudar a su señor y haciendo además de salir a cumplir lo que había dicho.

—Alto — le interrumpe éste—. No pagará más, mañana, lo que pueda pagar hoy... Es mi divisa... Sabes que no quiero más deudas... ¿No te pago puntualmente?

—No — es la simple contestación de la doncella. Pero el marqués no se inmuta por esta contradicción y continúa sin hacer caso:

—Entonces, tráeme un vaso de agua fresca.

—Pero señor marqués...

—El agua fresca, de mañana, es buenísima. ¿Has preparado el baño?

—Sí, está a punto, 32 grados y medio.

—Pero lo has comprobado bien — dice con algo de recelo el marqués —, porque el otro día por poco salgo escaldado.

—Sí, sí, esta vez lo he preparado bien.

—Esperemos que sea así. Puedes irte.

Mientras sale la doncella, el marqués se echa de la cama, se pone el batín y entra en el cuarto de baño. Vamos, pues, a dejarle tranquilo con su aseo personal para ir tras de Soave, a la sala de visitas, y aclarar el rumor de conversación que allí se oye.

Efectivamente, al pasar Soave

por la sala, vemos en ella a dos señores que charlan. Uno de ellos manifiesta el embarazo y la timidez propia de quien no está acostumbrado a entrar en casas de tanto lujo; el otro, por el contrario, ofrece una desenvoltura tal que parece el dueño del palacio. Y efectivamente, casi lo es, aunque sólo sea porque en él hace su vida. Este desenvuelto señor de quien hablamos no es otro que nuestro ya conocido amigo Vigna, inseparable del marqués, que ha venido con un joven de unos veinticinco a veintiocho años, de aspecto simpático y mirada inteligente. El nuevo personaje se llama Salvador. Es alto, figura elegante y físicamente favorecido.

Soave se acerca a ellos y, como si fuesen dos visitas desconocidas, les dice:

—Acomódense, por favor.

—Gracias — contesta Salvador con un poco de timidez.

—Pase, pase — le dice Vigna familiarmente y dándole unos golpecitos en la espalda para inducirle a que tome confianza.

—Gracias — vuelve a decir Salvador.

—¿A quién debo anunciar? — pregunta la doncella, más por enterarse de quién es el nuevo visitante que por cumplir su cometido.

—Yo mismo lo haré, Soave—interrumpe Vigna—. ¿El señor marqués se ha levantado?

—El señor está en el baño—responde Soave. Y luego, insistiendo en su pretensión y en su curiosidad, dice—: Pero el señor a quien he de...

—El señor está conmigo—vuelve a atajarla Vigna, algo molesto.

—Pero... yo he de saber quién es, porque debo anunciarle.

—He dicho que yo mismo lo haré. Tu curiosidad es morbosa—le reprocha, irritado, Vigna, y luego, volviéndose a Salvador, dice con ademán alegre—: ¡Hemos aquí ya, querido señor Bartelli... Se avecina el gran momento.

Salvador casi no le escucha. Se dedica a recorrer con la mirada todo cuanto le rodea. Su expresión es admirativa por cuanto ve. De pronto, acercándose a un cuadro que hay colgado en la pared, dice a Vigna, refiriéndose al marqués:

—¿Es él?

—Su propia imagen... El marqués Cristóbal Juan María Lucera, cuarto de ese nombre.

—Cree usted... ¿Me parezco?—vuelve a preguntar Salvador.

—¿Cómo no?... Si no tuviese bigote... ni tan pobladas las cejas, igual que usted—dice Vigna, insinuante, y frotándose las manos.

—¿Cómo? ¿Que el señor se parece al señor marqués?... ¡Pero por caridad!—intercede Soave, que no se había marchado a pesar de que nada tenía que hacer allí.

—¿Quién te ha pedido tu opinión?—le reprende Vigna, y dirigiéndose sonriente a su acompañante, le dice, en tono de disculpa—: Le encanta llevar la contraria. ¿El marqués no ha tomado aún su desayuno?—vuelve a preguntar a la doncella.

—No... Tengo aún que llevárselo. Permítame un momento—dice Soave, disculpándose y tratando de marchar.

—Entonces, prepáramelo a mi también—le ordena Vigna.

—Idéntico desayuno que el señor marqués—dice maliciosa y con doble intención la doncella. Intención que Vigna no aperece, pero nosotros sí, ya que recordamos que el marqués sólo se desayunaría con agua.

—Idéntico—afirma Vigna.

—Ahora mismito... En seguida vuelvo—se despide Soave.

Y nosotros nos vamos con ella, para ver cómo prepara un vaso con agua y se dirige a la habitación de Lucera. Llega a la puerta y, tocando discretamente con los nudillos, pide autorización para pasar.

—¿Se puede?

EL SECRETO DEL MARQUES

—Adelante—se oye la voz del marqués permitiendo la entrada.

Soave franquea la puerta de la habitación y, dejando la bandeja con el vaso encima de una mesita, dice al marqués:

—Su desayuno, señor. Está fresquisima.

—Agua potis purisima...—reza el marqués en honor del agua—. No tengo apetito—continúa para consolarse.

—¿Almorzaremos en casa hoy, señor marqués?—pregunta la doncella.

—Esa es una cosa que decidiremos después.

—¿Cuándo?

—¡Lucharemos por el almuerzo!

—¿De veras? ¿Con quién?

—No te lo digo... curiosona. El mismo defecto que tu madre... Era casi una magnica camarera, pero te ha legado la condición... Vete ya.

—Volando—contesta Soave, sin moverse del sitio—. Pero ha llegado el señor Vigna...

—No pienso verlo—interrumpe el marqués, ajeno que su amigo venia acompañado de otro señor que iba a torcer el rumbo de su vida de una manera sensacional.

Sale la doncella y Lucera se queda dando paseos nerviosos por la habitación. Sin duda piensa profundamente, aunque solo una vez

en su vida, del porvenir que le espera ante una perspectiva tan oscura como la que en estos momentos tiene ante sí. No sabe cómo resolver el importante y difícil problema de la vida y por ello su preocupación y nerviosismo. Nosotros, que conocemos al marqués, dudamos mucho que su decisión sea trabajar. ¡E! ¡Un aristócrata de rancio abolengo! Mas... puede que se dé cuenta de que los tiempos en que vivimos el trabajo es base y condición esencial, no sólo para resolver materialmente la vida, sino para una estabilidad digna en la sociedad que justifique la cooperación y la ayuda que todo hombre de bien debe a la tierra en que vive y en que ha nacido.

Mientras Lucera medita la forma de abrirse paso en el camino de su vida futura, nosotros volvamos nuevamente a la sala de espera donde dejamos a Vigna y a Salvador. Este sigue admirando, más que los detalles de la casa, su conjunto magnifico, que, como dijimos, es verdaderamente soberbio y fastuoso.

—Tiene una casa magnifica—dice por fin, dirigiéndose a Vigna.

—Ya le he dicho a usted que no es suya... Ahora añadiré que no es suyo ni siquiera el mobiliario.

—¿No?—dice Salvador, incrédulo por la noticia, que está en con-

tradición con la realidad que tiene ante sí y con lo que él se había imaginado.

—No, El es solamente usufructuario de la casa y de los muebles. A su muerte, que no ocurra en cien años—continúa explicando Vigna con cara compungida—, todo irá al heredero real... un primo que está en América. El marqués puede usar la casa y los muebles, pero no tocar ni una silla, ni siquiera un alfiler. De otro modo, a estas horas...—y Vigna hace aquí un ademán claro de que todo lo hubiera vendido el marqués.

—Lo comprendo—aclara Salvador, que ha cogido al vuelo las palabras y el ademán significativo de Vigna.

—Entretanto voy a prevenirle... Dos minutos. ¿Permite?—dice Vigna a su acompañante, haciendo ademán de ir a la habitación del marqués.

—Sí, por favor, vaya usted.

Salvador se queda solo en la estancia y sigue recorriendo con su vista todo cuanto le rodea. Vigna sale para buscar al marqués, y por el pasillo se encuentra con la doncella Soave, que, con una bandeja y un vaso lleno de agua se le aproxima y dice picarescamente, como gozándose anticipadamente de la sorpresa de Vigna.

—Aquí tiene, señor Vigna.

—¿Agua?—dice éste, asombrado.—¿Quién pidió agua?

—Aegua Pontis Purissima—reza sentenciosamente Soave, repitiendo las mismas palabras que le dijera el marqués.—¿No había pedido usted el mismo desayuno que el señor marqués?

—¡Desgraciado!—exclama Vigna, dándose cuenta de todo.—¿Está aún en el baño?

—Sí.

—Gracias—y se aleja de la doncella para ir en busca de su amigo Lucera.

Mientras tanto, el marqués continuaba su meditación, pero esta vez en voz alta. Solo en la habitación, rumiaba sus propias ideas y hasta incluso luchaba con ellas mismas. Sin duda, su sistema consistía en lanzarse a sí mismo una idea y luego rebatirla si para ello encontraba razonamientos fuertes y poderosos. En esta situación está nuestro amigo Lucera cuando le sorprendemos en la soledad de su habitación, pronunciando estas palabras:

—Luchas... ja, ja... luchas... bella palabra... luchar, pero ¿con quién?... Hum... es el fin... mi querido Cristóbal... es el fin... Bueno.

Unos discretos golpes en la puer-

EL SECRETO DEL MARQUÉS

ta y las siguientes palabras de Vigna sacan al marqués de su meditación.

—¿Permites?—y sin obtener respuesta, como era su costumbre, Vigna abre la puerta y se cuela en la habitación. Ha cambiado su semblante desde la última vez que lo hemos visto hablando con la doncella y su expresión es ahora satisfecha y alborozada. La sonrisa viene marcada en sus labios como si fuesen portadores de agradables noticias. Y todo, según nosotros, para decirle que hay un señor esperándole. Si no conociésemos a Vigna, tal vez no tendría esto importancia para nosotros, pero su expresión alegre y la visita de este señor, acompañado del propio Vigna, levantan nuestras sospechas. Esperemos, pues, el desenlace de la entrevista que van a tener nuestros dos amigos.

—¡Ay, Dios! Vigna... tu sonrisa me da miedo.

—Esperas así una gran noticia.

—De ti... debo esperarlo todo; sigue.

—Has tenido un hijo—le suelta a bocajarro sin previa preparación la noticia y se mira a sí mismo instintivamente. Al fin cae en la cuenta de lo que quiere decir su amigo y exclama:

—¡Ay!... ¡Ay!... ¡Ya la hicis-

te!—y su gesto de desprecio hace confesar a su amigo.

—Así te portas, en vez de abrazarme.

—¡Pero cómo abrazarte si me acabas de cortar!

Se nos había olvidado advertir que cuando Vigna entró en la habitación, y durante todo este diálogo, el marqués estaba afeitándose. He ahí, pues, justificadas las palabras de Lucera.

—A ver, ¿Dónde?—se apresura a interrogar Vigna al propio tiempo que se acerca a él con intención de ayudarlo.

—Pronto, dame eso de ahí—le interrumpe el marqués, señalando a un frasquito de líquido que hay en su tocador. Todo esto, muy adornado de exagerados aspavientos por parte del marqués y de una solicitud inquieta de Vigna, que se mueve de un lado a otro, sin saber cómo mejor ayudar. Coge el frasquito indicado y destapándolo, moja en un algodoncito un poco de líquido y lo aplica a la parte herida—que aquí, entre nosotros, es tan insignificante que apenas se aprecia—al mismo tiempo que trata de consolarle con estas rutinarias palabras:

—No es nada, no es nada.

—¡Ay! ¡ay! ¡ay!—brama, dolorido el marqués cuando su amigo le

aplica el líquido—, cómo quemia.

—No es nada. Espéra... ya está.

—Un hijo—dice de pronto el marqués, volviendo a esta conversación tan importante que por un simple rasguño habían interrumpido.

—Varón.

—¡Qué lástima!

Mientras esta trascendental revelación tiene lugar en la habitación del marqués, y sobre el importante hecho inquiera detalles a su amigo Vigna, el nuevo personaje que hemos conocido, es decir Salvador, continúa en la sala de visitas en espera de que sea llamado a presencia del marqués, que desde este momento, como sabemos, será su padre. Pero Salvador no está ya tan solo como cuando lo dejamos curiosear y admirar la magnificencia de la casa; sino que le vemos en coloquio con la doncella. Conociendo a ambos, nosotros diríamos más bien, que quien mantiene el coloquio es la doncella con Salvador. Y efectivamente, no nos equivocariamos en nuestro juicio, ya que así fué. Soave, que ya por herencia le gusta meterse en todo aquello en donde no debiera tener participación, o dicho de otro modo más vulgar, en todo aquello que no le importa, aprovechó el momento propicio de que Salvador

estaba sólo para llegar hasta él y entablar conversación, de la que sacaría, a buen seguro, algún dato con que satisfacer su voraz curiosidad.

Cuando llegamos hasta ellos, vemos que Soave mira detenidamente a Salvador, y al final de su minucioso examen comenta:

—En el fondo se le adivina un aire de familia.

—¿De veras... no, no me engaña?—pregunta, gozoso y satisfecho, el joven, a quien le ilusiona la idea de ser hijo del marqués.

—No, no creo. ¿Usted es pariente del señor marqués?

—Claro que soy pariente. ¡Soy su hijo!—contesta con orgullo Salvador.

—¿Qué?

—Sí, sí.

—¿Lo dice en serio?

—Ya lo creo.

—Y el señor marqués está...

—El me ha maravillado llamar—dice convencido Salvador, ignorando que todo es una trama de Vigna, que quiere hacerlo pasar por hijo del marqués.

—¡Ah! Ya sé por qué se hacía tanto el misterioso... y no me decía nada—responde, insinuante y coqueta la doncella, que, como vemos, tampoco está en el secreto.

—A usted... ¿Quién es usted?

—¿Es que no se ve?—contesta Soave mostrando su uniforme y su delantal de sirvienta.

—Sí—confirma Salvador.

—Entonces...

Y mientras Soave descubre a Salvador que ella es la doncella de la casa, Vigna está descubriendo al marqués la verdadera personalidad del joven que ha elegido para primogénito de los Lucera.

—Es banquero, ya te digo. Un magnífico hijo. Basta con oírlo hablar.

—Yo no cometeré jamás esa infamia—reprocha el marqués, que aun no ha sido convencido por la locuacidad e insinuancia de Vigna para que acepte a Salvador por hijo, y les salve así de la ruina espantosa que se cierne sobre ellos.

—¿Pero qué infamia? Con su posición le eres necesario para dar alcurnia a su casa.

—¿Es de buena indole?—pregunta el marqués, ya más convencido.

—Excelente... y atiende bien... no me maravillaría que te pasase alguna asignación mensual para nuestros pequeños gastos, ¿sabes? Y algún billetito de mil en nuestras manos no estaría de más de vez en cuando.

—Ya sabes que aun no estoy muy persuadido—trata de discul-

parse de su propia conciencia el marqués, que ante tales palabras de su amigo ve abierto el porvenir y asegurada una vejez tranquila.

—Piénsalo—determina Vigna, seguro de que su proposición ha caído bien en su amigo.

—Además, hace falta verle...

—Pues date prisa y no le hagas esperar.

—¿A quién?

—A tu hijo.

—¿Está aquí?

—Ahí, en el salón.

—Sin advertírmelo.

—Pero si no me has dejado.

—Ahora no voy—dice un poco enfadado el marqués.

—Eres cazarro, ¿eh? Vamos, apresúrate.

—Tú me coaccionas... tú me violentas.

—Si ahora le digo que no hay nada que hacer se desmaya... Está tan emocionado: ¿No tienes corazón, acaso?

—No... Primero de todo voy a verlo.

—Ya, muy bien.

—Y al menos me dirás cómo se llama.

Este breve diálogo ha tenido lugar mientras bajaban la escalera que conduce al salón donde aguarda el visitante, y por ello, Soave,

que subía al mismo tiempo, oye la pregunta del marqués y, metiéndose como siempre donde no la llaman, contesta rápida:

—Salvador Bartelli, nacido en Nápoles el 10 de mayo de 1908. Eso es todo.

—¿Qué es eso? ¿Ya te lo ha dicho todo, ése?—pregunta Lucera.

—Ve a preparar la habitación para el nuevo retoño — ordena Vigna.

—Voy... Voy... Ya había pensado en eso—responde Soave, sin moverse del sitio.

—Pues veto.

—¿Eh?

—¡Vete! — exclama, colérico, Vigna.

—¡Ah! — responde cínicamente Soave. Y escaleras arriba desaparece.

—Estemos de acuerdo—puntualiza Lucera—. Yo no debo decir nada ni debo hacer nada.

—Natural... Sus palabras, en ciertos momentos, son bien superfluas.

—¿Qué haré, entonces?

—Debes abrazarlo y basta.

—Nada más?

—Un poco de llanto.

—¿Cómo?

—Es muy fácil. Adelante — le anima Vigna, decidido a terminar cuanto antes.

Han llegado al último tramo de la escalera y se detienen un momento para contemplar al joven que, ante un monumental cuadro que figura el árbol genealógico de los Lucera, va leyendo en voz alta:

—Lux erat... Lux erit... Lucera... Cuarto ramo descendiente, segundo colateral... Gastón... Lucera... Rolando... Pedro... Pablo... Cristóbal.

El marqués tose un poquito para llamar la atención del joven, que, al darse cuenta de la presencia de Vigna y del marqués, exclama, lleno de alegría:

—¡Papá!

—Papá—dice inconscientemente el marqués, pero a una seña de Vigna que le da leveemente en el codo, rectifica diciendo: — ¡Salvador!

—¡Papá!—vuelve a decir éste.

—¡Qué pena que no nos conociéramos antes! ¿Te va bien... eh? ¡Ah, siendo así...!—es todo lo que se le ocurre decir a Lucera.

La situación se hace embarazosa y obraremos cuerdamente, si imitando a Vigna, abandonamos la sala y dejamos solos al marqués y su futuro hijo. Además, en estas situaciones es más adecuado que las demostraciones del cariño familiar se hagan sin testigos. Por

eso, vamos a seguir a Vigna, que una vez iniciadas las primeras palabras del encuentro, salió de la estancia.

Vigna ha ido en busca de la doncella y le dice:

—Bien puede estarme agradecido tu patrón, ¿eh? Ahora las cosas cambiarán, querida Soave.

—Pero, ¿cómo ha surgido este

hijo?... Yo nunca oí hablar de él— pregunta, sorprendida, Soave.

—¿Eh? Pues como surgen siempre los hijos... Así... Misterio. Entretanto, esta noche gran comida de gala para festejar su advenimiento.

—¿Y quién estará en la cocina?

—No te preocupes por eso. Haremos venir todo un restorán.

EL PRIMER CONTRATIEMPO Y EL SEGUNDO HIJO

MIENTRAS Vigna y Soave acordaban la fiesta con que celebrar el encuentro de un hijo, el marqués y Salvador continuaban su entrevista, que, por cierto, ya se deslizaba por derroteros de mayor cordialidad y desembarazo.

Charlaban amigablemente y hasta parecía que había en sus palabras un poco de cariño. El brazo del marqués descansaba en el hombro de Salvador, que, desde este momento, era ya el hijo primogénito de Cristóbal Juan María Lucera, cuarto marqués de Lucera. La mano del marqués daba palmaditas familiares sobre las espaldas de Salvador al mismo tiempo que le decía:

—Bravo... bravo... bravo. Te

has comportado siempre como un buen vástago... y yo... te bendigo.

—Gracias, papá—contesta todo emocionado Salvador—. Yo procuraré ser digno de tan buena suerte.

—Encuentra, sobre todo, extraordinario que un muchacho de tu condición, sin apoyo... y sin familia... haya podido ser banquero —continúa el marqués, con un poco de intención en sus palabras—. Tú serás el primer banquero de la dinastía de los Lucera... Qué prodigio... Guerreros, poetas, hombres de Estado y hasta de ciencia; ¿banqueros? Jamás.

—Pero papá, yo no soy banquero—trata de excusarse Salvador.

—¿Cómo?

—No, papá; yo soy empleado.

—¡Ah, ya! ¿Trabajas en tu Ban-

co? Da igual—afirma el marqués, que no comprende, de momento, el alcance de la negativa de Salvador.

—Por Dios, papá. Mi empleo es en un Banco, y el Banco no es mio... ni mucho menos.

El marqués comprende por fin lo que quiere decirle Salvador, y todo desilusionado porque él le creía un potentado banquero, le dice:

—¿Tú eres... empleado de Banca?

—Sí, papá—confiesa Salvador.

El marqués, queriendo ocultar su indignación, sin conseguirlo, ante la desagradable desilusión que acababa de tener, llama a su amigo Vigna, culpable de la aparición de este hijo y, por tanto, también del error, y le pregunta:

—Vigna.

—Heme aquí—responde el aludido, que en este momento entra en el salón.

—Acércate.

—¿Qué hay?

—¿Has leído en un buen diccionario el significado de la palabra bancario?

—¿Por qué?

—Sí. Yo soy vice-jefe de la Sección de Valores—aclara Salvador—. Ciertamente mi sueldo no es gran cosa, pero estoy contento allí, papá.

—Pero, perdóneme un momen-

to, jovencito—interviene Vigna, algo mosqueado por lo que acaba de oír, que para él es un fracaso—. ¿Usted no es Bartelli, director de Banca Agrícola?

—No. Ese otro Bartelli es mi homónimo—aclara Salvador.

—¡Ah! ¿Has oído, eh?... Homónimo... homónimo... homónimo—repite el marqués, no queriendo dar crédito a lo que oye.

—Entonces puede que todo sea un equivoco. Puede que sea el otro el hijo del marqués—ataja Vigna, queriendo arreglarlo de la mejor manera posible.

—¡Ah, no!—se defiende Salvador—. Tiene 60 años. El hijo soy yo, yo, ¿verdad, papá?... Además, dentro de dos años asciendo.

—¿Ascienes?... ¿y a qué ascienes?—interroga Lucera.

—Verás, papá. En nuestra carrera se va adelante a saltos, como los relojes eléctricos, de cinco en cinco años un aumento. Hoy gano 11.245 exactas al mes; dentro de dos años tendré 1.480 exactas. Esto es el ascenso.

—Ya... de 1.245 al 1.480... ¿eh? Eres un modelo de buen hijo, ¿verdad, Vigna?—comenta con un poco de ironía el marqués.

—Sé lo que me resta por hacer. Mis decisiones son fulmineas. Vuelvo en seguida—responde el aludido.

—No, tú debes quedarte aquí, con nuestro Salvador—le interrumpe Lucera.

—Déjame hacer... existe otro... Voy a buscar al otro hermano.

—¿Mi hermano?... ¿Tengo un hermano? —pregunta con alegría Salvador.

—Claro, un hermano. ¿Cree usted que no hay más de un hijo en la vida de un hombre como éste? —le increpa Vigna—. Tiene usted un hermano y voy a buscarlo.

—No, no, espérate... son muchas emociones en un solo día—trata de detenerle el marqués.

—Estáte tranquilo. ¿No te había dicho que encontré dos? Si éste es sólo empleado en vez de banquero, el otro es negociante sin equívocos.

—Tú vas a hacer otra trastada.

—Déjame a mí. Hasta la vista—y Vigna desaparece velozmente de la casa, dejando solos al marqués y a su falso hijo Salvador. Este, con la natural curiosidad, pregunta:

—Papá, ¿cómo se llama mi hermano?

—¿Qué?—se sorprende el marqués por esta pregunta que, además, no puede contestar.

—¿Cómo se llama mi hermano?

—Se llama...

—Es mayor o menor que yo... ¿Será el primogénito?

—Son preguntas... que... me

conmueven... Despiertan en mí... lejanos recuerdos. Podríamos hablar de otra cosa.

Cuando Vigna salía velozmente de la casa en busca del segundo hijo del marqués se tropieza en el pasillo con Soave, y le advierte:

—Soave, creo que deberías preparar otra habitación. Pronto llegará otro hijo.

—¿Otro hijo?... ¿Y cómo se llama?

—Un nombre digno de la Casa Lucera: Germán.

* * *

Hace tiempo que tenemos olvidado a un personaje que, por cierto, va a dar mucho juego en este asunto. Nos referimos al amigo Mattia, conserje del Casino donde hallamos por primera vez al simpático marqués y a Vigna.

Mattia, hombre grueso y bonachón, pero rudo en sus palabras, cuando se halla en la intimidad de su casa, vive con su esposa y una joven a quien llama hija, pero que no es legítima sino adoptiva. La historia de la joven es larga y no vamos a contarla ahora, porque, además, ya irá saliendo a relucir a lo largo de esta novela. Vamos a limitarnos sólo a decir que la tienen desde muy niña viviendo con

este buen matrimonio desprovisto de hijos, y que, naturalmente, ya le tenían el mismo cariño como si se tratase de una hija de verdad.

Pero Mattia, en este momento en que nos volvemos a ocupar de él, no está solo. Charla con un joven de aspecto simpático y noble y mirada inteligente e inquieta. Resulta que este joven es Germán, el segundo de los hijos que Vigna encontró al marqués y que llevó a su casa aquel día de emociones y desengaños. Germán es auténticamente un negociante. Tiene montado un lujoso establecimiento de calzados en una de las más céntricas calles de la ciudad, que se ve bastante frecuentada por numerosa clientela.

Y para que ya estemos al corriente de todos los detalles, aclaremos que Germán se encontraba en estos momentos en la modesta casa de Mattia porque era el novio de su hija Giarmine, y que ésta, a su vez, trabajaba en la zapatería de su novio, a quien le presta un papel excelente por sus condiciones apropiadas para el comercio y por su inteligencia y simpatía para tratar con los clientes.

Decíamos que Mattia y Germán estaban charlando, y así es, en efecto. Mattia, quizá con un poco

de ironía en su voz, dice a su interlocutor:

—¡Ah! Bravo, señor Germán, así, de pronto, eres marqués... Marqués de Lucera. Habéis hecho un buen negocio; mi enhorabuena.

—No podría creer la cantidad de peripecias que he pasado... Pero ahora soy feliz.

—Nadie te comprende mejor que yo, querido—interviene su novia—. Si no hubiese hallado una familia no sé qué hubiera sido de mí.

—Tienes razón. Ahora tendrás bordados con corona... y serás feliz tú también, convertida en marquesa—dice Zoraide, esposa de Mattia.

—Marquesa, un cuerno—brama Mattia, a quien no parece agradarle la idea de que su hija se case con un descendiente de los Lucera—. Este matrimonio es absurdo.

—Absurdo, ¿por qué?—interroga, extrañado, Germán.

—¿Por qué?... Porque mi hija es una chica mimada y tuvo siempre todo lo que pidió... pero no será jamás marquesa... Mi hija no piensa casarse... con el retoño de un degenerado aristócrata, que, además, no tiene un cuarto, querido Germán. Puedes decirle adiós.

—Eso de ningún modo—protes-

ta con vehemencia el enamorado—. No se empeñe en separarnos.

—No soy yo quien os separa. Es la ley de la herencia racial. ¡Ah!, conozco demasiado bien a ese señor marqués de Lucera... y sé qué hijos pueden nacer de tales gentes.

—Pero...

—Yo se lo digo porque tengo experiencia de la vida.

—Escúcheme, señor Mattia. Papá, en el fondo, es un buen hombre—trata de defenderse Germán.

—¿Qué dice?

—Salvador y yo nos proponemos convertirle en un verdadero papá... Si hubiera sido posible, le hubiéramos metido en un colegio, pero a su edad... comprendalo.

—Ya sé, ya sé. Además, si no me opusiera yo se opondría él. El señor marqués es padre... y yo, en su puesto, haría otro tanto. Yo no consentiría jamás el matrimonio de mi hijo, un marquesito, con una empleada de una tienda.

—Pero la tienda es mía, señor Tortorelli; la cosa cambia.

—No cambia nada—continúa el intransigente Mattia Tortorelli—. Además, no he acabado... El señor marqués de Lucera no consentirá jamás... en emparentarse con un mayordomo... casi un camarero del

Círculo donde él se ha merendado su patrimonio entero.

—Pero escuche, papá—intercede, conciliadora, Giarmina—. Si su padre viniese aquí todo vestido de negro y chistera en mano a pedir mi mano así, como se usa entre los nobles... ¿qué dirías?

—Bien cierto que vendrá—apoya Germán, que ve en las palabras de su novia un resquicio que se abra a la intransigencia tenaz y obstinada de Mattia.

—Yo no vendría... y desde luego, él no vendrá. Lo sé. Y además, quisiera saber cómo se las compondrá, jovencito, con sus botas y sus calzados ahora que es todo un marqués.

—Oh, para eso bastará un poco de espíritu—contesta el aludido.

—Sus botas... ¿Pero no es un comercio como otro?—dice molesto Giarmina, al ver que con tanto desprecio trata su padre el negocio de calzados de Germán.

—¡Ah!, ya, tú defiendes tu artículo... pero yo jamás he visto a los nobles descender... hasta las botas.

—No son botas, sino calzados—replica Germán.

—Son botas—confirma nuevamente Mattia, que no quiere dar su brazo a torcer.

EL NEGOCIO DE LOS DOS HIJOS

V OY a mostraros, queridos lectores, el establecimiento de calzados que en una de las calles más céntricas de la ciudad tiene montado nuestro amigo Germán. Es el suyo, un importante negocio que marcha a pedir de boca y le proporciona pingües ganancias. La tienda está puesta con todo lujo, y no falta ni el más pequeño detalle. Grandes y magníficas estanterías, llenas de cajas de calzado, circundan todo el gran salón que se emplea para hacer la venta al público, ya que tras éste hay otra sala destinada a almacén.

Cómodos asientos sobre un piso alfombrado, se distribuyen ordenadamente por el local, dando la vuelta. En el centro hay también una

larga fila de estos asientos, iguales a los anteriores. Dos escaleras de caracol dan acceso a un pasillo superior, que rodea la tierra, y desde donde pueden alcanzarse cómodamente los calzados que se alinean en otras estanterías más elevadas que las anteriormente mencionadas. La sala es amplia y una gran cantidad de dependientas se mueven aceleradamente de uno a otro lado, sirviendo a los numerosos clientes que continuamente llenan el establecimiento. Todo este negocio y todo este movimiento está convenientemente vigilado por el propio dueño, nuestro amigo Germán, que en este momento preciso está regañando suavemente a una dependienta:

—No, no; no es así, déjeme,

ande, lo haré yo—y se agacha para probar unos zapatos a una señora cliente.

—Gracias — contesta la dependienta, alejándose.

—¿Permite?—pide súcilo Germán a la señora a quien está sirviendo— Apriete un poco... ajá... ¿Le van bien?

—Bien, pero quizá un poco estrechos — dice intencionadamente la señora, que sólo desea tener a Germán más tiempo junto a ella.

—Es un 36 y medio, señora.

—¿Y qué tal de línea?—pregunta insinuante, al mismo tiempo que estira la pierna para enseñársela a Germán—. ¡Oh!, perdón usted, señor marqués—se excusa la señora al ver que le ha dado ligeramente con el pie.

Esta situación es cortada por Giarmina, que, dándose cuenta de las intenciones de la señora, se acerca a Germán, cargada con una caja de calzado, y le pregunta:

—Señor Germán, escuche.

—Un momento — contesta éste. Y luego, dirigiéndose nuevamente a la señora, dice—: Está de moda, señora, es el último modelo. ¿Qué ocurre?—interroga a su novia, que está parada junto a él.

—Los de escamas blancas, con tacón bajo, para mocitas...

—Al quinto estante — contesta rápido Germán.

—No hay sitio.

—¿Cómo que no hay sitio?

—No hay sitio—vuelve a repetir, impasible, su novia.

—Perdone, señora — dice, dirigiéndose a la cliente. Y al ver que pasa por allí una dependienta, le ordena—: Siga usted con la señora—y marcha tras de su novia, que ha empezado a andar.

—No lo dudes, ésa lo hace a posta, como si no hubiera más piernas que las suyas—le confiesa su novia, haciéndole ver lo que pretende la cliente—. Y deja que le sirva la dependienta. Están para eso — y luego, en alta voz, pregunta para disimular—: ¿Ha dicho que en la quinta estantería?

—Sí.

Giarmina se marcha a dejar su cargamento, y Germán se la queda mirando con admiración y embelesamiento, como sólo los novios saben hacerlo. Pero de esta agradable contemplación le saca la voz de un cliente que le reclama:

—Escuche, señor marqués: ¿No habría una forma más afilada y al mismo tiempo más ligera? — dice, refiriéndose a los zapatos que está probándose—. Como aquella que me llevé hace dos años, ¿se acuerda?

EL SECRETO DEL MARQUES

—Sí, sí, lo recuerdo muy bien —contesta Germán, mintiendo, ya que, naturalmente, no va a recordar qué zapatos vendió hace dos años a este señor. Y luego continúa—: Pero ésta parece afilada, y es ligera. Además, la moda cambia, señor.

De nuevo la voz de la señora a quien antes sirvió Germán se oye reclamando la presencia de éste.

—No, no, no, no me van... Señor marqués, si no viene usted es inútil.

—Y bien, ¿qué desea, señora— pregunta Germán, acudiendo solícito.

—Búsquelo usted... quisiera un modelo más recto.

—Hágale ver la marca «Aeroplanos» —ordena a la dependienta—. Le irá muy bien, señora.

—Señor marqués—reclama otra señora cliente, que también desea la presencia de Germán.

—Ahora voy, señora. Perdóne usted.

Aclaremos que desde que el público se enteró que Germán era hijo del marqués de Lucera y, por consiguiente, heredero del noble título, su establecimiento se veía más lleno de clientes y todas las señoritas deseaban ser atendidas por el propio

Germán en persona, ya que eso de tratarse con un marqués era cosa a la que daban gran importancia.

* * *

Vayamos ahora a sorprender en su trabajo a Salvador, aunque sólo sea por unos momentos. Su oficina, como ya dijimos, era un Banco, y él sólo era un empleado del mismo.

Una señorita, muy guapa y elegante, se aproxima al cajero y le pregunta:

—¿El señor Lucera, por favor?

—Dirá el señor marqués... Allí está, mírelo—le indica el interpelado, señalando hacia donde está Salvador. La señorita se dirige a él y le dice, como si no le conociera,

—Buenos días, marqués.

—Buenos días, señorita.

—Una transferencia para esta tarde—dice Flora, que así se llama la señorita, mostrándole un papel.

—Al instante—Salvador coge el papel y lo lee. Mientras lo hace, Flora le dice:

—Entonces, a las siete, pasaremos la tarde en un baile.

Como hemos podido comprender, el papel que Flora entregó a Salvador no era ninguna transferencia, sino simplemente una vulgar cita a las siete de la tarde.

—Esta tarde no sé si podré, ¿sabes? Mi padre...

—Tu padre, tu padre, siempre tu padre. A tu edad deberías haberte acostumbrado a estar sin él.

—No puedes comprender lo que significa eso en la vida de un hombre... De todos modos está bien, esta tarde, a las siete.

—Gracias—contesta Flora, ya en alta voz, para disimular ante los compañeros de Salvador.

—De nada—responde éste, galantemente. Y se queda mirando a Flora, que se aleja.

* * *

Pero volvamos de nuevo a nuestros dos héroes, que desde hace algún tiempo los tenemos abandonados. Nos referimos, naturalmente, al marqués de Lucera y a su amigo Vigna. Los dos van charlando muy satisfechos por la calle en dirección a la zapatería de Germán. Ya en la puerta, Vigna pregunta a Lucera:

—Qué, ¿estás contento, Cristóbal?

—Sí y no... Si me creyeres, te diría que no me acostumbro a esta nueva vida.

—Ya te acostumbrarás... Y no comparemos la tranquilidad y la hermosa paz de hoy con las ansias y las preocupaciones de ayer.

—No exageres. No eran tantas, hombre.

—Bien mirado, no encuentro mal este negocio—dice Vigna, echando una ojeada a la tienda y a la numerosa clientela que hay en ese momento.

—Bien otro habla yo soñado para mi primogénito.

—Segundo dirás.

—No, primero... Germán es más viejo que Salvador.

—Sí; pero en tu casa nació después que Salvador.

—Nació... después... ¿el primero?—comenta para sí el marqués, que no comprende el lío—. De todos modos, no vas a convencerme. Aunque sea para... un segundón, este oficio no es ideal.

—¡Es una bendición del cielo!—exclama Vigna con entusiasmo—. Hace ocho días que nuestra vida navega viento en popa. Además, estás de moda. En Nueva York, archiduques y gran-duques dirigen todas las sastrerías y zapaterías de lujo. Ya lo sabes.

—Oh, no... Señor marqués—llama la voz de la señora exigente, que ya conocemos, y que aun sigue en la tienda probándose zapatos y llamando a cada momento a Germán.

—Aquí estoy. ¿Qué es lo que desea la señora?—dice, solícito, el



—Tenga fuego, señor
marqués.

—Tome usted, Mattia;
para usted son siempre las
últimas liras.



—¡Cuánta luz! ¿Qué ocurre?



—¡Quédate con las vueltas!

EL SECRETO DEL MARQUES



—Papá, tú no debes fumar...

—Que pases buenas noches, papá!



— ¡Aquí no se venden pa-
patas!
— ¿Qué se hace?
— Se cierra.

— Germán quiere decirte
que estamos prometidos,
papá!





—Me parece que aquel
es Germán.

—... sabiendo que Juan-
ta es feliz.



—¿Conocid usted a Catalina?



—El señor Marques conocía ya la casa.



—Vamos, señores. La mesa está servida.

—Estoy haciendo las maletas. He decidido marcharme.



—Esa es una acción indigna de un hombre de honor...



—Vamos, señor suegro.
Abraze a su verdadera hija.

viejo y auténtico marqués, al ver que era una señora bonita quien le llamaba.

—¿Y qué es lo que desea usted? —le contesta la señora, al ver que quien le responde es un señor viejo, al que no conoce.

—Pero, ¿no había usted llamado? —trata de defenderse Lucera.

—¡Ah! ¿Pero es marqués usted también?

—¡Ja, ja, exactamente, ¿Y si puedo serle útil en alguna cosa?—dice al mismo tiempo que se arrodilla y le coge el pie para probarle un zapato.

—Pero ¿qué hace usted?—pregunta, extrañada, la señora.

—¡Papá!—exclama dulcemente Germán desde lo alto del pasillo, donde está ordenando unos zapatos en unión de su novia Giarmina.

—¿Qué? ¡Ah!, je, je. Perdón, señorita.

—Acabaré con estos clientes y luego nos iremos, será mejor—dice Germán.

—Encárgate de cerrar, ¿eh?—le recomienda a su novia.

—Está bien—contesta ésta con una deliciosa sonrisa, que le hace sonreír a él.

LOS CUIDADOS DE LOS HIJOS

EN casa del marqués de Lucera ya se respira aire familiar. No es aquel hogar que conocimos al principio, frío y desprovisto de cariños y buenas costumbres. Ya las horas clásicas de las comidas reúnen, sin disculpa, a unos hombres, antes desordenados y sin fijeza en su modo de vivir. La mesa del marqués no soporta ahora, como antes, un solo cubierto y un silencio frío, propio de casas deshabitadas, sino que congrega en torno a ella un respeto y unos cuidados por parte de Germán y Salvador hacia el marqués, y un cariño leal por parte del marqués hacia sus improvisados hijos. Porque, en realidad, mutuamente se han ido acostumbrando los unos a los otros, ya que todos

adolescian, desde hace tiempo, de la misma falta: la familia.

En este momento en que volvemos a entrar en la casa de los Lucera, vemos sentados a la mesa a cuatro hombres, en agradable y simpática charla; mejor aun, entre amables y cariñosas frases. Por el aspecto de la mesa, se comprende que la cena ha terminado y por las palabras que a continuación oímos:

—Llegó el café — dice Germán, al ver a Soave que entra con una bandeja y unas humeantes tazas de café.

—Hemos cenado — comenta el marqués.

—Y muy bien — confirma Vigna.

—Pero... ¿y mi café? — pregunta el marqués, al ver que la doncella sirve a los demás menos a él.

EL SECRETO DEL MARQUÉS

—No, no empecemos. Ni gota... Tú debes vivir cien años para nosotros.

—Y para sus nietos... ¡Ah!, sí, a propósito, papá... Pensaba hablarte de mi matrimonio con Juanita—advierte Germán, decidido a solucionar este asunto.

Aunque la novia de Germán se llame Glarmina, como sabemos, íntimamente la llaman Juanita; así, pues, de esta última forma la llamaremos de aquí en adelante.

—Ah, no, querido; no empecemos. Tú te casarás con quien quiera yo—corta enérgico el marqués, que así se venga del «mimoso trato» que le dan sus hijos.

—En las familias nobles, quien decide los matrimonios es la cabeza visible—afirma y aclara Vigna, intercediendo en favor de su amigo el marqués.

—Pero, papá! —exclama Germán, contrariado por la negativa.

—Nada, querido... Papá es papá, lo solamente lo es para lo que a ti te toca?

—Para ti, con el nombre que llevas, espero un gran matrimonio... —intercede Vigna—.

—Ya estoy al tanto... Quedan todavía millonarias americanas por ahí.

—Con ésas se casará usted—contesta con desprecio Germán.

—No seas terco—interviene Lu-

cera— Te casarás con quien yo diga.

—Papá es papá—dice conciliador Salvador, que en este asunto aun no había intervenido.

—Bien dicho, un cigarrillo—ofrece Vigna al marqués.

—Gracias — dice éste, cogiéndolo.

—No, no; eso, no... Has fumado como un gañán toda tu vida, y ya basta —se niega Germán, quitándole el cigarrillo de su boca.

—Muy bien, basta —acepta resignado el marqués.

—Y en cuanto a Juanita, pienso... —insiste Germán, volviendo nuevamente al tema del matrimonio.

—Ah, no; eso no; de eso basta.

—Ve usted cómo está—se queja Germán a Vigna.

—Ya—contesta el aludido.

—Ahora a la cama, papá —ordena Germán, que, como estamos viendo, se encarga de cuidar por la salud del marqués.

Ha terminado la cena y el rato de tertulia que se dedica a la sobremesa. Todos se levantan y marchan juntos, a excepción de Vigna, que se marcha solo. El marqués, Salvador y Germán se dirigen a la habitación del primero. Le desnudan, y una vez en traje de dormir, entra Salvador en sus funciones de

educador moral del marqués. Le hace arrodillarse a los pies de la cama y rezan juntos: «Señor, bendice a mi hijo Salvador, Señor, bendice a mi hijo Germán. Señor, hazme ser siempre bueno. Amén».

—A la cama—dice Germán, una vez terminada la oración.

—Buenas noches.

—Buenas noches.

Salvador y Germán salen de la habitación cogidos del brazo. El primero pregunta:

—¿Qué haces esta noche?

—Iré a ver a Juanita, como siempre. ¿Y tú?

—Para mí es temprano... Qué buena es la familia, ¿eh? Tener a alguien... a ti, a él... Soy muy feliz.

—También yo. Tengo siempre grandes deseos de verte y de ver a papá. Se me hace largo el día sin vosotros hasta el punto de que me olvido de mis negocios. ¿Y tú, dónde pasas la noche?

—Yo... Sabes... Yo...

—¿Enamorado también tú?

—No, Enamorado, no... No lo podría decir. Yo jamás lo he estado... Es alguien muy superior a mi condición actual. Figúrate, la he conocido en el vestíbulo del Banco.

—¿Es rica?

—Con dinero, más bien inestable.

—¿Por qué no la abandonas?

—Me falta valor... Es un ángel. De una ingenuidad además... Figúrate que creía que yo podía disponer del dinero del Banco a mi placer. Me veía dar órdenes al cajero... Paga aquí... paga allá... ¿Qué encanto!

—Oye, ¿la conoces bien?—dice Germán un poco mosqueado de la amiga.

—¿Por qué?—pregunta extrañado Salvador del tono en que le ha hecho la pregunta Germán.

—No sé por qué. Pero hoy en día ciertas ingenuidades...

—No soy ningún estúpido, ¿sabes?—dice Salvador, un poco molesto por la paternidad de Germán para con él.

—Esperémoslo.

—¿Cómo?

—No, nada. ¿Te vas?

—Sí. Vámonos.

Germán, como le dijo a Salvador, se fué a casa de su novia. Salvador, en cambio, que no dijo donde iba, merete que le sigamos un poco para enterarnos de cuáles eran sus planes, que tan en secreto guardaba.

Por lo pronto, y mientras él se arregla, en la puerta del jardín hay un lujoso coche que lo espera. En el coche, dos señores y una señorita muy linda, la misma que vimos en el Banco hablar con el propio Salvador, dan muestras de impa-

ciencia por la tardanza del falso marqués.

—Atención, chicos, que está para llegar—advierte Flora—. Mucho tono y ninguna confianza conmigo.

—Hola, querido.

—Buenas noche, querida.

—Permíteme que te presente a estos caballeros. Mis amigos Marco Abiate y Toni Banti; el marqués de Lucera, hijo.

—Mucho gusto—afirman galantemente los amigos.

—El gusto es mío, señores—responde Salvador.

—Qué ¿vienes?—pregunta Flora, insinuante.

—¿Adónde?

—A beber por ahí cualquier cosa. Abiate nos invita a su Círculo.

—Gracias—responde Salvador, al propio tiempo que sube al coche.

Y como no podemos evitar a Salvador la estratagema que, como suponemos, le tienden sus nuevos amigos, vamos a dejarle correr su suerte, para ir al lado de Germán y Juanita, que en casa de esta última están reunidos y tratando de que el amor triunfe de todos los obstáculos que se opongan a su paso.

Sentados en un sofá, Germán ha estado contando a su novia la conversación que durante la cena tuvo con el marqués sobre sus amores.

—Y él se obstinaba en decir que no, ¿sabes? —informa Germán a Juanita.

—Habla bajo, te lo ruego—recomienda ésta, temerosa de que les oigan.

—Si en tu casa no hay nadie. ¿No se marcharon todos al cine hace tiempo?

—A pesar de eso, tengo el mismo miedo.

—Además, ya te lo he dicho.

—¿Crees que tu padre cambiará de opinión?

—El carácter de los Lucera es duro, inflexible, obstinado, pero con el tiempo...

—Con el tiempo, con el tiempo. ¿cuando nos casaremos?—pregunta interesada y con un poquito de gracioso malhumor Juanita.

—El amor vence todos los obstáculos.

Pero en este instante los dos enamorados sufren la interrupción de Mattia y su esposa, que llegan a la casa. Mattia, que entra el primero, exclama hecho una furia, al ver un sombrero de hombre colgado del perchero que hay a la entrada.

—¡Ah! ¿De quién es este sombrero que he encontrado en el recibidor?

—Papá.

—Señor Tortorelli —dice Germán, levantándose también.

—¿He dicho que de quién es este sombrero que he encontrado en el recibidor?

—¿Este sombrero? Permitame—contesta Germán, sin saber lo que decir.

—¡Ah! Así, pues, lo confiesa... Usted ahora confiesa... que se ha introducido en mi casa a espaldas mías. Ah. No se va así a casa de una señorita honrada en ausencia de sus padres aunque sean adoptivos... Esa es una grave incorrección, señor.

—Juanita, Juanita, hija mía—lloquea la madre, dando a sus palabras un exagerado acento de tragedia irreparable.

—Después de todo somos prometidos, señor Tortorelli—arguye Germán.

—Diablo, eran prometidos... Hace tiempo que no lo son, ni lo serán jamás.

—Pero debe usted considerar... —trata de defenderse el joven.

—Y tú aprovechas la ausencia de tus padres para recibirle, ¿eh? —dice Mattia con acento colérico a Juanita.

—Con eso no hacemos nada malo.

—Callate, hija—recomienda Zoraida con ternura, no queriendo irritar más a su marido.

—Basta he dicho... Mañana...

te marcharás—ordena Mattia a su hija—. En cuanto a vos, querido señor marqués de toda mi estimación, ¡oh!, a veces lo puedo decir... en cuanto a vos, si creéis que Juanita puede convertirse en la víctima de vuestras miras... y de vuestra protección feudal... os equivocáis... El tiempo de don Rodrigo y de sus bravos ha pasado.

—¿Juanita se marcha?—pregunta timidamente Germán.

—Sí—es la contestación fría y seca de Mattia.

—¿Y la tienda?

—Me tiene sin cuidado vuestro negocio... He aquí vuestro sombrero, señor... ¡Ah!, lo tenéis ya—dice al ver que el sombrero ya está en poder de Germán, y lo que él quería darle era el suyo propio—. Tanto mejor, señor marqués... os rusgo que os toméis... la molestia de iros pronto porque tengo que ir al Circolo, a mi trabajo.

—Salga usted, por favor—intercede Zoraida, que ve la cosa muy mal—. ¿Qué es lo que has hecho, querida?

—¿Y debo marchar de aquí, yo? —pregunta Juanita sin contestar a su madre.

—¿Puedo al menos saludarla?

—No... Estáis dispensado... señor marqués—contesta Mattia con un poco de ironía.

NO TODO SON ALEGRÍAS

Y A hemos visto la despedida poco amable de que ha sido objeto Germán por los padres de su novia, despedida que, como más adelante veremos, será objeto de una serie de incidencias, en la que intervienen todos los personajes de esta novela, y que nos descubrirá, además, el verdadero secreto del marqués que, hasta la fecha, él mismo ignora. De todo ello daremos cuenta en su momento oportuno y conforme los hechos vayan sucediéndose. Ahora, siguiendo la línea de la trama, vamos a buscar a Salvador para enterarnos de la falsa amistad que le ofrecía Flora y del lazo que le tienen preparado los dos señores que le habían sido presentados.

Recordamos perfectamente que el propósito era una invitación de Marco para tomar unas copitas en su Círculo. Así pues, nos vamos al Círculo, y allí les vemos a los cuatro reunidos en torno a una mesa, no bebiendo, como suponíamos, sino jugando a las cartas. En el preciso momento en que nos aproximamos a ellos, Marco hace una fuerte postura a las cartas que juega.

—Quinientos.

—Mil—dice Salvador, mirando su juego.

—Cinco mil — sube de golpe Marco, sin mirar sus cartas.

Salvador vuelve a examinar su juego, y en sus manos temblorosas se advierte un marcado nerviosismo, producto de su inexperiencia en el

juego, Flora se ve obligada a recomendarle:

—Ve despacio, querido.

—Visto— acepta por fin Salvador, dispuesto a enfrentarse con la jugada de su contrario.

—Full de ases— canta Marco, poniendo sus cartas sobre la mesa.

—Full de sotas— canta a su vez Salvador con la voz un poco velada por el nerviosismo. Salvador ha perdido el juego, y su cara asustada da muestras de impaciencia infantil. Flora, con ademán paternal, se cree obligada a intervenir de nuevo y dice:

—Basta, no quiero que Salvador continúe.

—Usted me excusará, caballero— insinúa Salvador, llevándose inútilmente la mano a la cartera—, pero yo no había previsto...

—Por favor— contesta Marco con disimulada sinceridad— Podrá saldarlo con comodidad... Veinticuatro horas se le dan hasta a los enemigos. ¿Le parece a usted bien?

—Verdaderamente, tratándose de una suma tan fuerte... veinticuatro mil, me parece, ¿no?

—Exacto, es algo fuerte— confirma Marco.

—¿Pero no lleva libro de cheques?—interroga con interés Banti.

—No, no lo tengo— confiesa modestamente Salvador.

—Entonces...

—Es cierto, son situaciones difíciles—agrega cínicamente Marco.

—Eso no tiene importancia. Lo garantizo yo— intercede Flora, al mismo tiempo que se quita un bonito collar que lleva.

—No puedo permitir...— dice tímidamente Salvador.

—Pero Salvador, entre nosotros hay confianza... Así el caballero Abliatti quedará tranquilo... Tome usted— dice, tendiéndole el collar a Marco.

—Buen collar...— sentencia Marco, examinándolo detenidamente— Demasiado lujo.

—Pero yo no lo admito... Pienso arreglarlo muy pronto... en seguida. Mañana, a estas horas, aquí. ¿Le va bien?— pregunta decidido Salvador.

—Sí, sí, muy bien, como le plazca.

—O cuando puedas, querido— interviene Flora. Y levantándose, le coge de un brazo y le dice—: Ahora vámonos.

—Un momento, Flora— interrumpe Salvador—. Podría saldarlo con acciones.

—Oh, así ha sido más sencillo. Anda, vamos. Buenas noches.

Salvador y Flora salen del salón de juego, y entonces nos damos cuenta de que este Círculo es el

mismo en donde vimos por primera vez al marqués, es decir, el Circulo del cual Mattia es Conserje. Y allí está Mattia, junto al guardarropa, y dentro de su uniforme de conserje. Al ver salir a Salvador, le saluda muy cortésmente:

—Buenas noches, señor.

—Buenas noches—contesta Salvador de malhumor.

Vigna, que en estos momentos entra en el Circulo, ve a Salvador y, dirigiéndose a él, le dice:

—Salvador.

—¡Eh!... Buenas noches, Vigna—y sin hacerle más caso, sale apresuradamente del local.

Vigna, viejo experto en todas estas adversidades de la juventud, imagina inmediatamente lo ocurrido y pregunta al conserje:

—Mattia... ¿Ha jugado?

—¡Y cómo!—responde el aludido.

—¿Y ha perdido?

—¡Y cómo! Manías de familia... Familia de próceres... Pero éste se juega hasta su palabra... Su padre, al menos, siempre reservaba diez liras para mí.

Vigna no había entrado solo al Circulo, sino que venía acompañado de un joven elegantemente vestido, algo grueso y con cara infantil pero simpático y agradable. Este compañero de Vigna se llama Ga-

rófalo, y le había acompañado con la pretensión de encontrarse allí con el auténtico marqués de Lucera. Su interés por verlo es extraordinario y por ello no duda en interrumpir la información que Vigna recibe de Mattia, preguntándole:

—Señor Vigna... ¿El marqués no está?

—Aquí, no. Ya le he dicho que ha cambiado mucho.

—Yo quisiera verlo. Me bastaría con verlo. Comprendería al verlo... Mi corazón no me engaña... Si supieses lo que significa no haber conocido nunca a la familia...

—¡Ah! Bien lo comprendo—asegura Vigna.

—¿Y puedo esperarle?

—Pero... ¿es que no sabe usted que él ha encontrado ya a dos de sus hijos?

—Y qué importa eso—arguye decidido Garófalo, dispuesto, sin duda, a querer entrar también en la familia Lucera—. Hay en Brescia un labrador que tiene 14 hijos y va por el quinceavo.

—Bien, veremos, hablaré por usted... Yo prometo hacer que usted lo encuentre. Esto sí... en cuanto al resto...

—El corazón no me engaña—afirma con decisión Garófalo.

* * *

Al día siguiente Salvador está en su oficina del Banco, con gesto de honda preocupación. En su imaginación todo son cifras compuestas por los mismos números. 22.000, es la cantidad que le preocupa y le obsesiona desde la noche anterior, y nada puede hacer sin alejar de su mente el dichoso numerito, que ya se le ha convertido en incesante pesadilla. Por ello, al entregar a un compañero, también empleado del Banco, un papel en donde se suman las cantidades que se van ingresando, éste le llama la atención, diciéndole:

—¿Qué te pasa, marqués?... ¿Estás malo, acaso?

—¿Por qué? —pregunta el aludido.

—¿Cómo por qué? 22.000, 22.000, 22.000, 22.000. ¿Es que has soñado anoche esa cifra?

—Sí... anoche —se excusa Salvador.

—Aprisa, rehazla, rehazla, que es urgente.

—En seguida—contesta Salvador, volviendo a coger el papel y marchando a su despacho. Allí, se vuelve a poner a la máquina de sumar y va copiando las cantidades del original. En este trabajo está, cuando entra su jefe preguntándole:

—¿Concluyó, marqués?

—¿Qué dice?—contesta éste distraído.

—Le pregunto si ha terminado.

—Aun no. Me equivoqué y debo rehacerla —contesta Salvador de malhumor.

—Pues apresúrese, porque desde que es usted marqués su rendimiento ha disminuido de modo impresionante.

—¡Ah, sí! —contesta irónicamente Salvador.

—Sí, sí; parece que creéis que el título de marqués le da derecho a abandonar sus deberes en la oficina.

—Ya está bien. He comprendido —grita Salvador, verdaderamente irritado por las palabras de censura que le dirige su superior.

—Hable con más respeto a sus superiores, ¿eh?... Soy jefe del despacho.

—Lo sé bien —dice Salvador, chillando exageradamente.

—Respeto... en voz baja y... menos bulla—trata de imponer su autoridad el jefe—. Porque aquí los títulos que cuentan son aquellos que valen... En cuanto al suyo, me hace reír... reír... señor marqués de hace un ratito.

—¿Ah, sí?—contesta con sorna Salvador.

—Sí—repite furioso el jefe.

Surge entonces un verdadero es-

cándalo, promovido por una fuerte bofetada que Salvador da a su jefe derribándolo y arrastrando en su caída todos los papeles que hay encima de la mesa.

El lujoso establecimiento de calzados que Germán posee en una de las más céntricas calles de la ciudad se ve, como siempre, abarrotado de clientes. En la tienda vemos el mismo clásico movimiento que la otra vez, y a Germán que va de un lado a otro dando órdenes y controlando la venta. Pero por una de estas rarezas del destino, este negocio que hasta ahora había marchado viento en popa, va a sufrir, de aquí en adelante, una seria y catastrófica transformación. Los clientes, por eso de que el dueño es marqués, exigen que los zapatos sean portadores, en sitio visible, del escudo de los Lucra. Estas exigencias unidas al malhumor que tiene Germán por los acontecimientos últimamente sucedidos, darán al traste un negocio tan floreciente.

Cuando entramos en la tienda oímos la voz de un señor que se queja mientras se está probando unos zapatos.

—¿Qué, le hace daño también éste?— pregunta Germán un poco cansado, porque, sin duda, ya lleva media hora probándose zapatos el referido señor.

—Sí, marqués, en el callo que tengo en medio—confiesa el cliente.

—Este le hace mal en el callo... el otro en el ojo de perdiz y el otro en la dureza. ¿Quiere usted un consejo?—dice con sorna Germán—. Compre unas pantuflas de lana.

—Sois un mal educado. O vende usted calzado o sea usted marqués. Deme mi zapato—replica el cliente con muestras de visible enfado.

—Sí, y váyase usted pronto.

—No volveré más.

—Señor marqués—requiere la empleada, dirigiéndose a Germán.

—¿Qué sucede?—pregunta Germán.

—La señora quiere que a toda costa le sirva usted.

—Naturalmene—confirma la señora— soy una baronesa. Soy exigente, señor marqués.

—Me importa un pito. Que se vaya también ésta—contesta secamente Germán—. Y todos nos vamos también a la calle. Señores, aquí no se venden más zapatos.

—¿Qué se hace, entonces?—pregunta un cliente.

—Se cierra—contesta friamente Germán.

—Germán, ¿qué vas a hacer?—pregunta asustada su novia.

—Ya lo verás—y dirigiéndose al teléfono, marca un número y dice:—¿Me oye?... Es usted... Estoy decidido, ¿eh?... Cedo el negocio.

—Pero Germán—grita Juanita, queriendo evitar esa locura repentina de su novio.

—Tú déjame... Sí, sí, ahora mismo... Inmediatamente—continúa Germán hablando por teléfono.—¿El precio?... ¡Oh, el mínimo! No vendo... regalo. ¿Las condiciones?... Pagaré usted cuando quiera.

* * *

El marqués de Lucera vive plácida y cómodamente rodeado, si no de grandes lujos, si con lo necesario y con holgura. Desde que le han salido estos hijos, por obra de su amigo Vigna, las miserias y las preocupaciones del mañana han desaparecido para él. Con esa actitud del hombre satisfecho de su vida, encontramos al marqués en su casa, cómodamente sentado en un blando sillón y fumándose un pitillo, aprovechando la ausencia de sus hijos. La doncella entra con una bandeja

y un vaso de naranjada y poniéndola sobre la mesita, dice:

—Aquí está la naranjada, señor marqués.

—Soave—dice el marqués con un poco de picardía infantil—¿has puesto un poquito de ron?

—Se lo he puesto.

El marqués coge el vaso, se lo lleva a los labios y con una expresión de infinita satisfacción, comenta:

—Sí... Soave. ¿Has oído algo de un navío que después de haber atravesado un terrible tifón en los mares chinos entra dulcemente, tranquilamente en puerto y... se acurra en las plácidas ondas del mar? Pues ese navío soy yo y... me acurro en las plácidas ondas... me acurro...

Durante esta breve y espontánea confesión de la tranquilidad que actualmente goza el marqués, la doncella hace visibles muestras de mareo y le interrumpe para decir:

—Pero... señor marqués, yo sufro mucho de mareos.

—Pero Soave. Yo hablo en imágenes figuradas. Me siento tan bien... tan... patriarcal. ¡Ah! Estos dos hijos míos son mi único consuelo... Ve a ver quién es el que tiene tanta prisa—ordena al marqués ante las insistentes llamadas que se oyen. La doncella sale a abrir la puerta y vemos a Juanita

que entra como si fuera su casa, sin preguntar nada y sin decir nada. Actitud ésta que le hace decir a la doncella:

—¡Eh! Espere un momento, señora.

—Soy señorita—contesta Juanita sin dejar de andar casa adentro, seguida de la doncella.

—Señora o señorita, cuando se entra en una casa, es preciso hacerse anunciar.

—Ya me anunciaré yo misma. ¿Dónde está el señor marqués?

—No está—miente la doncella.

—Está—afirma resuelta la joven sin detenerse.

—¡Señorita!—exclama la doncella, siguiéndola a toda velocidad. Pero ya es tarde para detenerla, puesto que abre la puerta de la estancia donde se halla el marqués.

—¿Dónde está ese famoso marqués? ¿Dónde... ¡Ah! Es usted—dice al verle.

—El marqués Cristóbal Juan María Lucera, soy yo, señorita, para servirle. Y... usted, ¿quién es, bella señorita?

—Yo soy la prometida de vuestro hijo Germán.

—¡Ah, ya! La Tortorelli... Soave, puedes marcharte—ordena el marqués, dirigiéndose a la doncella.

—Está bien—contesta de mal humor Soave.

—Sí, señor, la Tortorelli, aquella que queríais ver abandonada... desesperada, traicionada.

—¿Pero yo?—pregunta el marqués, sin afirmar ni negar. Y luego, viendo que la doncella seguía escuchando tras una columna, le vuelve a ordenar—: Soave, puedes irte.

—Ya voy.

—Pero acuérdesse—continúa Juanita—Eso no será jamás... jamás... Por más que él sea marqués y yo una pobre dependienta de comercio.

—Pero es que mire, el comercio... Soave, te piensas ir o no—grita ya el marqués con energía al ver que la doncella seguía escuchando la conversación.

—¿No ha comprendido?—ayuda Juanita—Váyase de una sola vez.

—¡Ah! sí, está bien. He comprendido. Me marcho.

—Ya, por fin, se fué—dice Lucera. Y dirigiéndose a Juanita, le pide—: Por favor, señorita, siéntese.

—Gracias.

—¿Una taza de té?

—No, gracias... no tomo té... Y escúcheme, Papá me obliga a vivir lejos de Germán... Estoy obligada a marchar, pero si dentro de ocho días usted no va a pedir mi

mano a mi padre... ¿sabe qué ocurrirá?

—¿Qué ocurrirá?

—Un secuestro.

—¡Oh! — exclama el marqués, sorprendido por la confesión.

—Germán me raptará... y me llevará muy lejos.

—Vamos, hija mía. Germán es una persona seria. Es un comerciante... tiene su negocio.

—¿Qué negocio?... Lo ha vendido.

—¿Eh? —interroga, alarmado, el marqués—. ¿Lo ha vendido?... ¿Cuándo lo ha hecho?

—Hoy lo ha vendido... vendido... casi regalado, para no oírse llamar más marqués del calzado. Ha arruinado su porvenir. Ahí tiene... lo que ha hecho usted... con su paternidad en retardo.

—No tendrá el comercio... ¿Que hará? —dice el marqués, como hablando consigo mismo.

—Preocúpese usted, que es su padre... Cree que los hijos no dan preocupaciones. Sería demasiado cómodo.

—En esto no había yo pensado —medita en voz alta el marqués.

La entrada de Vigna interrumpe este diálogo. Vigna parece que viene un poquito agitado, y sin darse cuenta de la presencia de Juanita, le dice a su amigo:

—Perdona si entro así... ¡Ah! perdón—dice al ver a la joven—. No sabía... Pero se trata de una cosa muy seria. Tu hijo ha hecho una tontería...

—Lo sé—interrumpe Lucera—. La señorita, que parece ser su prometida, ya me lo ha dicho todo.

—¿Parece ser? ¡Lo soy! y lo seré hasta el día de la boda. Métase en la cabeza esa idea usted también, su viejo consejero de la casa, que le tiene al corriente de herencias americanas... Buen oficio. Hasta la vista, señor marqués. Bese la frente a su futura nuera—dice, ofreciéndole su frente para que el marqués la bese—. Así... Y prepárese a hacer la petición a mi padre adoptivo. ¿Se usa entre nobles besar la mano al suegro? —pregunta con ironía Juanita—. Pues lo haré... Me voy porque así lo mandan, pero piénselo. Si Germán está dispuesto, yo estoy más dispuesta que él. Buenos días.

El marqués y Vigna se han quedado mudos ante el elocuente y rápido discurso de la joven. Por fin, Vigna rompe el silencio.

—Una linda personita... y tú ni siquiera has respondido.

—No pude, me sorprendió. Pero tú me has engañado. Tú no me has dicho que la paternidad diese preocupaciones. Me lo ha dicho ella.

—Por fortuna está Germán—alude Vigna sin hacer caso a las palabras de su amigo, y pensando en la jugarreta de Salvador.

—Pero, ¿qué dices, Vigna? Germán ha vendido el negocio.

—¿Germán?

—Sí. Vendido por una miseria... arruinados... comprendes... arruinados... Por fortuna está Salvador.

—¿Salvador? ¿Pero no te he dicho que ha hecho una tontería?

—¡Ah! ¿Era de él de quien hablabas?—pregunta el marqués.

—Sí, de él. Ha debido hacerla gorda... Va pidiendo dinero por ahí... Ha llegado hasta a mí... ¿te lo figuras tú? Vigna haciendo préstamos.

—¿Cuánto?—interroga, alarmado, el marqués.

—No lo sé, pero debo ser una cifra grande. Parece que ha jugado y ha perdido bajo palabra.

—Bien, magnífico—exclama con ironía el marqués—. Arruinados los dos. Después... después hablarán de la familia. Del gran consuelo de los hijos. ¡Buen consuelo ese! ¿Sabes cómo acabaré? Que deberá yo trabajar para mantenerlos... yo... yo—termina diciendo Lucera.

—¿Te obliga algo a ello?—pregunta Vigna un poco desaprensivo.

—Me obliga el concepto del honor... Estúpido. Eso es lo que soy.

Los tomó para hacerme mantener y ahora seré yo el que los mantendrá a ellos. ¿No soy su padre?... ¿No me has hecho padre-tú? ... Soave. Soave—llama el marqués en voz alta.

—¿Llama el señor?

—Mi sombrero, pronto.

—¿Vas a salir?—pregunta Vigna.

—Sí. Debo correr en busca de Salvador. Pobre hijo.

—El señorito Salvador está en su cuarto—aclara la doncella.

—¿Eh?—interroga el marqués, extrañado, sin duda, de que no le haya venido a ver y contarle sus contrariedades.

—Sí—confirma la doncella—. Me ha dicho que no quiere ver a nadie. Está muy arisco.

—Está muy arisco... no piensa ver a nadie... pero a su padre, sí... a su padre, sí. Veremos...—y sale en dirección al dormitorio de Salvador para tener con él una entrevista verdaderamente paternal.

—Mi buena Soave...—dice Vigna, acercándosele muy cariñoso—. Me vas a traer un café... con algo de coñac... y unos bizcochos.

—Y me llama para eso mientras allí Dios sabe lo que hablarán—contesta con descaro la doncella.

—Trátame bien, Soave... porque... mira, yo seré otra vez más la salvación de tu amo.

LA EXPERIENCIA DEL MARQUES EVITA UN DISGUSTO

SALVADOR, echado sobre su cama, da muestras de estar profundamente abatido. La deuda de honor que tiene contraída le tortura la imaginación sin dar entrada a otros pensamientos que no sean las dichas 22.000 liras que perdió la noche anterior en el juego. En esta actitud le sorprende la entrada del marqués, que, en un tono paternal, le dice:

—Tú has jugado y perdido. Lo sé todo.

—Déjame, papá. Es asunto mío —clama, desesperado, Salvador.

—¿Vas a decirme que yo también lo hice? Yo tenía una justificación. Era huertano. Pero tú... ¿Cuánto has perdido?

—Todo es inútil. No me lo podrás dar.

—¿Cuánto? —vuelve a insistir el marqués.

—Veintidós mil.

—¿Cómo se llama el que te ganó esa suma? —vuelve a insistir el marqués.

—Un tal Abiatti.

—¿Abiatti? ¿Marco Abiatti?

—¿Lo conoces?

—¡Ah sí lo conozco! ¿Y tú, un Lucera, te has dejado desplumar por el primer truhán que te encuentras? Ven; vamos a arreglarlo.

Y cogiendo a Salvador del brazo, lo hace levantar y le obliga a seguirle. La actitud del marqués nos hace suponer que ha adoptado una decisión enérgica, y por ello, lleva-

dos de nuestra curiosidad, les seguimos para ver en qué para todo esto y qué es lo que se propone nuestro amigo Lucera.

Bien pronto lo sabemos al verles entrar en el Círculo y dirigirse hacia una mesa ocupada por cuatro personas. Los dos jugadores de la noche anterior, Flora y un jovencito a quien no conocemos, pero por su aspecto y actitud nerviosa, adivinamos que es una nueva víctima.

—Buenas noches—saluda el marqués al llegar junto a ellos.

—¡Oh, señor marqués!—exclama Marco al verle.

—Escuche un momento, caballero Abiatti—empieza a hablar Lucera sin rodeos—Estoy aquí por encargo de mi hijo. Me parece que aun no han pasado veinticuatro horas, ¿verdad?

—¿Qué me dice, marqués?—responde Marco, un poco intrigado por el acento de Lucera.

—Ya sé que tiene usted una garantía de esta señorita, ¿verdad?—continúa el marqués sin contenerse a las palabras de Marco.

—¡Oh, una cosa de poca importancia!—alude Flora.

—Yo le doy un cheque, caballero, y así todo queda liquidado.

—Gracias, marqués—contesta

Marco, alargando la mano para coger el cheque.

—¡Ah, primero es la prenda... para tener el placer de restituirla a la señorita!

—¡Ah, ya!—acepta Marco entregándosela a Flora.

Pero el marqués la coge y dice:

—Yo mismo...

Y examinando con curiosidad, agrega:

—Bonito... un poco ligero. Me maravilla, caballero, que usted, que ha comerciado tanto en joyas, acepte en prenda por 22.000 liras este collar que apenas vale veintidós. Es falso.

—¿Cómo os permitis?—dice Flora colérica.

—Entonces el collar no es éste. Ha podido ser substituido, caballero—agrega el marqués.

Pero, ¿qué piensa usted? Yo no lo he mirado siquiera.

Entonces, el marqués, dirigiéndose al jovencito desconocido, le advierte:

—Usted está extrañado, jovencito... pero son cosas que ocurren. ¿Cuánto pierde ya?

—Pues... el primer resto—confiesa el joven.

—Marqués, me parece que esto no es de buen gusto—advierte Marco, un poco nervioso por la forma que tiene Lucera de hablar.

Marco trata de levantarse, pero el marqués, sujetándolo por un hombro, le aconseja:

—Sois un pícaro... no lo dude... Siéntese; es mejor.

La llegada del conserje pone fin a esta desagradable escena, que termina con la expulsión de los tramposos. Estos salen cabizbajos por el local, hasta que desaparecen tras la puerta de la calle. Se cruzan con Vigna y Sarófalo, que, como la noche anterior, viene con la intención de conocer al marqués.

—Mire, allí está el marqués —dice Vigna señalándoselo.

—¿Quiero usted presentarme a él? —pregunta con ilusión Sarófalo.

—Un momento.

—¡Qué simpático!... ¿No le parece a usted que está mirándome?...

Y es que, en efecto, el marqués miraba en este momento a Vigna y a su amigo con cara de pocos amigos.

—¡Ay, Dios! ¿Por qué me mira tan mal?

—¿Mal? —pregunta Vigna tratando de disimular la tormenta que se avecina.

—Señor marqués, ¿es que ha notado alguna cosa en mí? —pregunta Sarófalo al mismo tiempo que se le acerca.

—¿En usted? —responde extrañado Lucera.

—Como estaba mirándome.

—Pero no a usted... Miraba a éste —dice señalando a Vigna—. Perdóne un momento... Otra contrariedad, Vigna; el banquero no será más...

—Sí, lo sé. Ha sido licenciado por pegar una bofetada a su superior.

—¿Y ahora? —pregunta Lucera dejando la iniciativa a su amigo, para que solucione el problema que se les avecina.

—¿Ahora?... Aquí está —dice Vigna señalando a su acompañante—. Permite que te presente al señor Cayetano Sarófalo... El marqués de Lucera.

—Señor marqués... excúseme usted... estoy tan conmovido... excúseme usted —balbucea Sarófalo sin saber lo que decir.

—Pero ¿qué tiene? —pregunta el marqués.

—Cinco o seis millones —contesta por lo bajo Vigna haciéndole una seña de inteligencia.

—Y eso es todo —insiste el marqués, que no llega a comprender las intenciones de su amigo.

—Si fuera tu hijo —insinúa Vigna.

—¡Ah, no, basta! —contesta rápido el marqués, que ya ve clara la intención de Vigna.

Un hermoso día primaveral nos sorprende en los jardines de un magnífico palacio. Es la residencia de nuestro nuevo amigo el millonario Sarófalo, y en ella están, en este momento, Salvador y Germán. Mejor dicho, en ella no, puesto que donde los vemos es en el jardín contemplando la soberbia arquitectura del edificio.

—Bello... verdaderamente bello, ¿verdad hermano? —pregunta Salvador.

—Sí, sí, pero venir a habitarlo sería mucho lujo para nosotros.

—Pero, ¿qué dice usted? —exclama Sarófalo acercándose en ese momento—. Un marqués de Lucera se merece mucho más.

—Y... ¿de verdad es monumento nacional? —pregunta Germán.

—Por supuesto —afirma el millonario.

—La verdad, se me hace un poco raro... vivir en un monumento nacional.

—Es sólo habituarse.

En otra parte del jardín, el marqués y Vigna toman su desayuno. Los dos charlan animadamente, y el marqués advierte a su amigo:

—Mira cómo ha hecho bordar el escudo de los Lucera por todas partes. Es muy atento.

—¿Quién? —pregunta distraído Vigna.

—Sarófalo.

—¡Ah, tu futuro tercer hijo!

—Eso de futuro después lo veremos —responde el marqués.

Salvador y Germán se han quedado solos, y este último cuenta a su hermano lo que le ha sucedido con su novia...

—Figúrate, la han enviado a Colleverde de San Lobiano, con su abuela.

—¿En qué parte está? —pregunta Salvador.

—No tengo la menor idea.

—Bueno, no van a tenerla allí toda la vida.

—¿Y crees tú que voy a esperar? No. Tengo mi plan.

—¿Qué piensas hacer?

—Ir por ella... la raptó, me caso... y se acabó.

Mientras tanto, en casa del conserje Mattia sucede algo verdaderamente alarmante. Algo inesperado y que, al parecer, ya no tiene remedio. Se ha recibido un telegrama de la abuelita, en donde, con las siguientes palabras, les da cuenta del hecho. Mattia lo lee en voz alta, a su esposa, con el natural temblor de voz:

—Escucha, escucha: «Acabo descubrir carta marquesito. Stop. El

zapatero promete a Juanita estar sábado con coche: Stop. Temo pierda cabeza Juanita. — Abuelitas.

—¿Cómo se va a defender sola con esa gente?— comenta desesperado Mattia.

—¡Dios mío! ¿Qué día es hoy? —pregunta Zoraida, llena de temor.

—Sábado.

—Pues ya está hecho.

—¿Hecho? Un cuerno... ¡Ah! Veremos—y diciendo esto, coge el teléfono y marca un número. Es el del marqués de Lucera, que, desde el otro extremo del aparato, recoge la comunicación.

—¿Rapto?... ¿Qué rapto?... ¿Rapto? —balbucea el marqués— ¿Sabes tú algo, Vigna?

—Yo no... al menos que no se trate de aquél de la Sabina.

—¿Se trata del de la Sabina?— pregunta ingenuamente Lucera por teléfono.

—¿Sabina? Un cuerno. No se haga el bobo. Hablé del rapto de Juanita... de mi hija Juanita, organizado por su digno hijo Germán.

—¿Y vuestra hija se deja raptar?—pregunta el marqués, creyendo que las palabras de Mattia no son más que una colada que le tienen para obligar a Germán a que se case con Juanita—. Pues os juro que lo impediré a toda costa.

—Eso ya lo veremos... en tanto... sepa usted que soy propietario de un automóvil y marchó al punto para San Lobiano... y allí habrá una hecatombe... se lo digo yo... se lo dice Mattia Tortorelli, señor marqués. ¿Enterado?

El marqués cuelga el teléfono violentamente y se pone a dar gritos, desesperado, llamando a Germán. Este, naturalmente, no acude porque ya se ha escapado en un coche que le prestó Sarófalo. El marqués sigue gritando, acompañado por Vigna, y acuden Salvador y Sarófalo, un poco temerosos. Salvador va delante, y al llegar a la puerta se detiene. Timidamente pregunta:

—¿Llamas a alguien, papá?

—¿Llamaba?— interviene Sarófalo— ¿Si puedo serle útil yo?

—No. Quiero a Germán. ¿Dónde está Germán?

—Eh... creo... que ... ha salido... ¿verdad, tú?—balbucea Salvador, que adivina la tormenta porque está en el secreto de lo que ha hecho Germán.

—Sí... así me parece... creo... que hasta le he prestado mi coche.

—¿Has visto, Vigna, que pronto se han puesto de acuerdo estos pillos?

—Es bastante grave—argumenta Vigna, refiriéndose a la fuga de Germán—. ¿Qué haremos ahora?

—Correr... precipitarnos. Yo pienso llegar antes que Tortorelli. Este matrimonio no se hará—afirma el marqués, decidido—. Pronto, un automóvil... ¡Ah, ya!—dice, recordando...—. Lo tiene Germán.

—No, tengo otros cuatro—informa Sarófalo—. Y si lo permite, lo conduciré yo mismo.

—Y yo le acompaño—dice Salvador.

—Y yo también—afirma Vigna.

—Y yo—pide Soave, que, como siempre, está donde hay conversación.

Así se decide la caza y captura de los enamorados, y vemos sucesivamente a las dos familias, la de Lucera y la de Mattia, correr velozmente por la carretera en la misma dirección. El coche de Mattia, que va en primer lugar, es viejo, destastado y de tipo antiguo, por lo que pronto es alcanzado por el que conduce Sarófalo, potente, moderno y de última línea. Entre los dos coches se establece una verdadera carrera; en donde no falta la nota cómica de sombreros que vuelan, de palabras de ánimo. Alguna que otra frase despreciativa salta de uno a otro coche. Todos están interesados en llegar los primeros, y todos, también, interesados en lo mismo. Es decir, en impedir el matrimonio. Un paso a ni-

vel que corta la carretera para dar paso al tren detiene la marcha vertiginosa de los coches rivales, que se detienen uno junto al otro.

—¡Ah!... Señor marqués de Lucera... hasta el paso a nivel está a su favor...

—Señor Tortorelli... no me importa ahora... Desde luego, llegaré mucho antes que usted.

—Veremos si cumple su promesa, señor marqués... A la potencia del hombre se opondrá la de la maquinaria—afirma Mattia, señalando su coche—. Pero salvaremos el honor, ¿eh?

—Cálmate, cálmate, Mattia—le recomienda su esposa—. Llegaremos a tiempo de todos modos.

—Pero, ¿por qué se preocupan tanto?—pregunta el marqués—. Aquí se trata de impedir un matrimonio y para eso me basto yo.

—¿Y si hiciésemos de manera que llegásemos juntos, señor marqués?—insinúa Mattia—. Esto sería un bello gesto por su parte... un noble gesto.

—¡Ah!... Si procedéis en ese tono de súplica, señor Tortorelli... entonces... la cosa cambia.

—Está bien, lo discutiremos después—concede el intransigente Mattia.

Al otro extremo de la carretera vemos a Germán y Juanita muy sor-

prendidos y contrariados por el encuentro de sus respectivas familias. Germán dice a su novia:

—Es mi padre.

—Y el mío—exclama Juanita.

—¡Juanita! ¡Juanita! ¡Germán! ¡Germán!—son las únicas voces que se oyen en aquella solitaria carretera bañada por un ardiente sol. Germán mete marcha atrás a su coche y, dando la vuelta, se aleja velozmente.

—¡Maldición! Se ha fugado—grita desesperado Mattia.

—¡Ah!... pareja de pillos, nos van a tomar buena ventaja... y ese tren no llega—comenta el marqués.

—¡Eh, guarda, abra! ¡Esa barreira! ¡Abra, guarda! ¡Eh! Déjenos paso—son las voces pediguéñas de los que han sido vencidos en esta persecución interfamiliar.

En una solitaria casa de campo, rodeada de su pequeño jardín, vemos parado el coche que conducía Germán. Tras él se detienen sucesivamente el de los perseguidores, que descienden con rapidez y penetran en el interior de la casa. Allí les ha de aguardar una sorpre-

sa con la que no contaban, y es que los abuelitos de la joven, lejos de oponerse a este matrimonio, reciben con las siguientes palabras a los recién llegados:

—De aquí que... ahora que todo está ya tranquilo... yo soy feliz... porque Juanita es feliz y su Germán es feliz. Y hasta los demás son felices... y además, en este hermoso día... es decir, en esta feliz circunstancia... yo... en suma... en suma, Adelina, habla tú—balbucea el viejo, sin poder continuar y ofreciendo la palabra a su esposa.

—Yo... pues yo... pero yo no sé hablar con palabras... sólo sé hablar con el fondo del corazón... y éste me dice... que si Juanita es feliz... y que si Armando es feliz...

—Eso ya lo he dicho yo—interrumpe el abuelo—, además, no es Armando sino Germán.

—Y que si Germán es feliz—continúa la abuela—, así..., en fin, no hace falta molestarles a ustedes... especialmente al señor marqués... Juanita... ¡ah!, me has hecho sufrir tanto en otro tiempo... pero... Germán... yo sé que la quieres bien.

EL VERDADERO SECRETO DEL MARQUES

El júbilo y alegría de los abuelos se ha transmitido como por encanto a todos los demás, aunque momentos antes todo era furia y loco interés en impedir lo mismo que ahora se disponen a celebrar. Porque, realmente, han acordado sentarse juntos a comer y festejar así el futuro matrimonio, que ya no cuenta con la oposición de las familias, sino, por el contrario, con el beneplácito y la bendición de los padres. Y hasta se acuerda pronunciar discursos, a los postres, en honor de los felices enamoradores. La camaradería de las dos familias es completa en estos momentos. Nada turba su alborozo y la alegría sana de aquellos instantes incomparables en donde las rencillas han queda-

do aplastadas por la razón y la armonía.

Es graciosa y al mismo tiempo simpática, la intervención de todos en el arreglo de la comida. Sarófalo se encarga de preparar los entremeses que, según él, son su especialidad. Salvador condimenta los fideos. Zoraida y la abuela se han ido a la cocina. Soave y Mattia se apresuran a poner la mesa, que para mayor algarabía han sacado al jardín, bajo unos jazmineros en flor. Únicamente el marqués y el abuelo permanecen inactivos en aquel trajín. El marqués se ha quedado silencioso y medita pasajes de su vida alocada sucedidos muchos años atrás. A simple vista, parece que este retraimiento de Lucera no está en consonancia con la alegría de los

demás, que bien podía dejarse estos recuerdos para otra ocasión en que estuviera solo. Pero el marqués tiene sus motivos para no querer ser partícipe del alborozo general porque barrunta, en los recuerdos de su juventud, algo tan olvidado, que ahora resucita en su memoria para ser un tope y un obstáculo a la aprobación de ese matrimonio.

La curiosidad de Soave se nos ha ido transmitiendo a todos nosotros y ya deseamos saber en qué consiste «el secreto del marqués». Pues bien, vamos a quedarnos solos con el abuelito y Lucera, para que, sin testigos de vista y oídos, puedan hablar y evocar esos recuerdos, clave de toda esta misteriosa actitud del marqués.

—Y usted, marqués, ¿no va con los demás? —pregunta el viejo—. ¿Está cansado? ¿Quiere usted reposar?

—No —contesta Lucera—. Creo que conozco esta casa... ¡Ah!, éste es lugar sereno de paz... Se debe estar bien aquí.

—Agradeciéndoselo al Cielo... no podemos quejarnos —contesta el abuelito.

—Y diga usted —pregunta el marqués, muy interesado—. ¿Siempre ha vivido usted aquí?

—Yo no... mi hermana. Y antes

de ella, mi hija, cuando era maestra de este pueblo.

—Y esa hija... —interroga el marqués con manifiesto interés.

—Son tantos años ya... —contesta con melancolía el viejo—. Más de veinte.

—¿Os gusta?... —pregunta la abuelita, que llega en este momento—. Bella vista, ¿verdad?

—Sí... bella —confiesa un poco distraído el marqués.

—El señor marqués conocía la casa —informa el abuelito a su esposa.

—¿Sí? ¿Y cómo? —indaga ella.

—¿Conoció también a Catalina? —pregunta inocentemente el viejo.

Al oír tal nombre, el marqués no puede disimular un gesto de sorpresa que nos deja entrever algún misterio entre él y Catalina. Se ha descompuesto su cara y, en su nerviosismo, da muestra de viva inquietud a la vez que de impaciencia por indagar algo más acerca de Catalina. Pero sus ojos se posan en el vacío como queriendo unir los recuerdos, y no oye las palabras de comentario que pronuncian los abuelos.

—Mi pobre hijita —dice melancólicamente la viejecita.

—Qué buena chica —afirma su marido.

—No... no lo creo —contesta

distraído, el marqués, refiriéndose a la pregunta anterior de si conocía a Catalina.

—Esta es la fotografía de Catalina—dice el abuelo, cogiendo una fotografía que hay encima de un mueble y mostrándosela al marqués.

—La única que ha quedado—informa ella—. ¿Verdad que es bonita?

—Pero... ¿cómo ha muerto?—trata de informarse el marqués.

—Mejor es no hablar de ello—dice con tristeza la abuelita, secándose una lágrima.

—Pero... en fin... yo sé que Juanita no es hija de Tortorelli—afirma el marqués.

—Hija adoptiva — confirma su interlocutor.

—¿Esta es su madre?—pregunta Lucera, señalando el retrato de Catalina, que aun tiene en la mano.

—Sí, señor.

—¿Y el padre...?

—No hablemos de eso... — rechaza el abuelo—. Una desgracia... como ocurre con tantas chicas encariñadas... Un hombre sin escrúpulos... que desapareció y no ha dejado trazas de sí.

Mientras tiene lugar la narración de esta historia desagradable y triste, los demás están sentados a la mesa, porque ya la comida está

preparada. Ha sido la voz de Matia la que les ha congregado en torno a los manjares.

—Señores, la mesa está servida.

—¿Pero qué! ¿Se come o no se come? — pregunta Vigna, dirigiéndose a Lucera, que ha quedado solo y pensativo en la terraza.

—Empezad, voy ahora mismo—les dice el marqués, metiéndose en la habitación.

—Ven pronto, ¿eh? — le grita Germán, lleno de alegría por poder reunirse a comer con las mismas personas que antes se oponían a su matrimonio.

Pero la espera de los comensales va a ser larga e inútil. El marqués, aprovechando un momento de descuido, se desliza tras unos árboles del jardín y desaparece. Su fuga no tiene justificación para nosotros ni para sus amigos y, por tanto, todos están bien ajenos a la contrariedad causada por el marqués. Cansados ya de esperar, van en su busca, y es entonces cuando se descubre su desaparición.

—Esperemos que no le haya sucedido nada grave—comenta Sarófalo—. Eso de largarse así de improviso...

—Será... que en el último momento se ha arrepentido y ha pensado mandarlo todo a paseo. Yo le conozco—afirma Salvador.

—Sí... eso creo yo. Pero pudo haberte dicho o advertirlo a alguno —apoya Vigna.

—Me molesta por Germán... porque papá ha hecho mal—vuelve a decir Salvador.

—Miremos bien por la carretera, puede ser que lo encontremos—apunta la doncella.

Mientras tanto en el coche de Mattia también se hacen comentarios sobre la inesperada fuga del marqués.

—Esto es una jugada hecha aposta... te lo digo yo—afirma Zoraida.

—Marcharse y dejamos así... debía esperármelo... ¡Ah!, pero me las pagará... ya lo creo que me las pagará—grita furioso Mattia.

—Pero, ¿por qué ha hecho eso estando ya de acuerdo?—dice Juanita—. Hasta Germán me ha dicho...

—Te prohíbo hasta nombrarlo... no lo verás más... la forma de rechazarte fué convincente.

—Pero, papá, primero hará falta saber...

—No queda nada por saber —corta violentamente Mattia.

En casa del marqués todo es confusión. Soave prepara las maletas que el marqués le ordenó, y lo ha-

ce con un verdadero manantial de lágrimas en los ojos. Lucera pide a Vigna que reúna a sus hijos en el salón. Una vez todos juntos, Germán dice a Lucera:

—Tengo derecho a una explicación, ¿verdad?... Tu conducta ha sido incalificable.

—Deja estar las palabras gruesas—corta el marqués—. Se dirán después... Tú vete —agrega, refiriéndose a la doncella—y no escuches detrás de las cortinas.

—Me espantas, Cristóbal —dice Vigna—. Piensa lo que vas a hacer.

—Cállate o vete tú también.

—Verdaderamente eso sería lo mejor... Ciertas discusiones se hacen sólo en familia—comenta Germán de mal talante.

—No; él, como cómplice, debe comparecer —niega el marqués—, y luego, dirigiéndose a sus hijos, les dice:

—Ciertamente, yo os debo dar explicaciones. Es una cosa muy íntima que debo decir... a mis hijos.

—Y en este caso, ¿cómo me debo considerar? —pregunta Sarófano.

—No, tú quédate —dice Salvador.

—Escuchadme bien y no interrumpáis, porque lo que os voy a decir... exige mucho valor... y ten-

EL SECRETO DEL MARQUÉS

go miedo de no tener bastante... Vosotros habéis sido engañados.

—¿Engañados por quién? — pregunta Germán.

—Por mí. Yo os hice creer y os lo habéis fácilmente creído... En suma, que el hecho es que no es verdad nada... yo no soy vuestro padre.

—Un ladrón, un traidor, no hubiera obrado así — dice Salvador, exasperado.

—Y ahora, oye bien, papá... Oiga usted, marqués.

—Pero será o no marqués — comenta irónico Salvador.

—Jovencito... hay que creer ciegamente la confesión de un pecador — recomienda el marqués —. Además, basta... basta. No puedo oírlos más. Haced lo que queráis... pero dejadme en paz.

La verdadera causa del proceder de nuestro amigo Lucera vamos a verla inmediatamente y en el escenario de un modesto hogar, como el de Mattia. Sentados en el comedor, Mattia y su esposa se quejan de la reciente contrariedad que han sufrido por causa del marqués. Enfrascados están en la profundidad de estas reflexiones; cuando una llamada a la puerta les interrumpe. Zoraida se levanta a abrir y la oímos decir en alta voz:

—Perdone un momento, por favor, Mattia.

—¿Qué hay? — contesta el aludido.

—El marqués de Lucera — responde Zoraida.

—¿Dónde?

—Aquí.

—El señor... osa venir a mi casa... y ¿a qué viene?

—No lo sé... Quiero hablar contigo.

—¿Cómo? ¿Y tú le dejas?... ¿Le dejas esperar en el pasillo?

—Pero... esto está en desorden — se excusa Zoraida, echando una vista en torno a la habitación.

—Es verdad... Mira de arreglarlo todo un poco... Pase, señor marqués — dice Mattia llegando hasta la puerta.

El marqués pasa al comedor y, haciendo uso del ofrecimiento de Mattia, se sienta en un sillón.

—Debo decir algunas cosas al señor... de tú por tú — dice el marqués, mirando intencionadamente a Zoraida para que los dejara solos.

—Con permiso — dice Zoraida, comprendiendo el significado de las palabras del marqués.

—Tiene razón para estar encolerizado conmigo — empieza el marqués —, pues no se explicará usted mi conducta.

—¡Ah!, menos mal que comienza

usted a comprenderlo... pero acomódese.

—Gracias— contesta Lucera—. Necesito aclararle el por qué... escuche... estaban todos tan contentos allá en San Lobiano... que hasta yo me sentía contento... porque aun no lo sabía.

—¿Que cosa no sabía usted?— interroga Mattia.

—Yo sé que usted ha sido para Juanita más que un padre—sigue hablando el marqués—.

—No hablemos de eso, por favor. Era cuestión de conciencia... El vergante descarado que la trajo al mundo... Toda la suerte es de los sinvergüenzas, y si aquella desgraciada hubiese dicho alguna vez su nombre... yo no estaría ciertamente aquí... estaría en la cárcel—dice Mattia colérico y como haciendo ademán de estrangular al que dejó abandonada a Catalina con su hija.

—Por suerte, ha sido mejor así—contesta el marqués—. De todos modos, ese que usted llama vergante descarado, soy yo.

—¿Usted? ¿Pero cuántos hijos tiene?

—Una sola, Juanita... Los otros no son mis hijos... Ya lo saben... Pues cuando he sabido que Juanita era mi hija... yo... no he podido fingir más delante de los otros una paternidad... que en estas condiciones resultaba peor que un engaño y peor que una mofa.

—¿E intenta decir la verdad ahora a Juanita?

—No... Juanita no debe saber jamás nada. No tendría valor de presentarme a ella.

—¿Qué intentáis hacer, entonces?

—Nada. Vine a hablar con usted porque era la única persona a quien yo podía confiarme. Sobre todo por lo que habéis hecho en puesto mío... en cuanto a mí... quisiera encontrar fuerzas para desaparecer.

—¡Bah! Desaparecer. Lo comprendo todo... en el fondo es usted un desgraciado.

—Ha dicho usted la palabra justa—afirma Lucera—. Se pasa una vida alegre, imponderada... después de improviso... se derrochan sumas... y se ve uno abajo donde estoy yo.

AL FINAL TODOS DICHOSOS

UN hogar modesto, casi una bohardilla destartada y húmeda, sirve de alojamiento a los que por tantos años han llevado una vida de lujo y magnificencia. Nos referimos a nuestros amigos el marqués de Lucera y Vigna, que, acompañados de la doncella, han ido a vivir a este cuarto apartado y casi en ruinas, propiedad de Vigna. Aquí, entre la miseria y las mayores privaciones y angustias, el marqués trata de ocultar los desafueros de su alocada vida y, más que nada, la sorprendente circunstancia que últimamente le dió a conocer a su única hija. Hija a la que tiene que abandonar por segunda vez para no turbar la felicidad y el rumbo de vida que ya tenía mar-

cado bajo el amparo de sus padres adoptivos.

El marqués y Vigna están sentados en torno a la mesa, conservan los abrigos puestos con el cuello exageradamente subido. Una bufanda que les priva de libertad pero al mismo tiempo les evita la humedad de la habitación, y las manos en la profundidad de los bolsillos. Esta es la perspectiva triste y desoladora que circunda la vida del marqués en su desgraciada juventud.

La doncella, en la cocina frie un par de huevos. Es el único alimento que tienen para los tres, y comenta en voz alta:

—Esta vez los huevos están frescos, no se trata de vejecec.

—Menos mal—exclama Vigna—.

entre tanto... un aperitivo: «Accua pontis purissimas»—dice, levantando su copa y recordando las palabras que el marqués repitiera en su palacio aquel día que por todo desayuno le podía ofrecer un vaso de agua—. No estés tan serio y alégrate un poco, hombre—dice Vigna, tratando de sonreír.

—Los señores están servidos—interrumpe la doncella, poniendo los platos en la mesa.

—¿Sólo dos huevos y somos tres?

—Yo me excluyo—dice la doncella—; es que hoy es el día que me toca.

—¿Y qué te toca?—pregunta el marqués.

—Hoy me toca no comer para adelgazar. Yo debo cuidar la línea.

El marqués se levanta de la mesa y se va hacia los cristales de la ventana, mirando a través de ellos con melancolía. De nada sirve el sacrificio de la doncella, puesto que ninguno quiere probar bocado. Más tarde se sientan los dos amigos al pie de la hornilla y, a fuerza de quemar papeles, van calentándose las manos.

—Qué buena cosa es la llama... en medio de las vueltas de la vida—comenta el marqués con tristeza—, hasta casi nada para sentirse feliz.

—Ya—afirma Vigna—, y a ve-

ces eso casi nada... en las vueltas de la vida... lo es todo... ¿Vas a negar que desde ayer eres otro?

—Es verdad—confiesa el marqués.

—Oye, ¿sabes una cosa?

—¿Eh?

—Tengo mis dudas... ¿no crees que Juanita sospecha?

—¿Qué?

—Sí, que haña adivinado todo... ¿comprendes?

—No sé... pero si ella... ha comprendido... hace bien en callarse.

En este momento alguien golpea la puerta de entrada con los nudillos. Todos miran hacia allí y se quedan extrañados. La doncella se dirige a abrir la puerta y, cuando lo hace, exclama:

—¡Oh!, señores, un momento... Esperen un momento... un momentito sólo, por favor... Señor marqués... llegó una persona, es decir, dos personas.

—¿Y quiénes son?—pregunta Lucera sin moverse de su sitio.

—Yo lo sé... pero no sé si debo decirlo—responde la doncella.

—Qué tonterías dices... ¡Adelante!—ordena el marqués.

—Soy yo—dice Germán, haciendo aparición en la estancia.

—¿Tú? ¿Y a qué vienes aquí?

—Señor marqués, al alejarse de

su casa, usted se dejó allí alguna cosa que le pertenece.

—¿Yo?—dice incrédulo el marqués.

—¡Sí!... y como no se decide a reclamar lo que es de usted... hemos venido aquí a traérselo.

—¿Y qué he dejado yo que sea importante?

—Sus propios hijos, señor marqués... que pudieron alguna vez equivocarse y haber sido hasta impulsivos, hasta ingratos, pero son siempre sus hijos. Llevan su propio nombre y habitan su propia casa —exclama Germán con cariño.

—Pero si ya os he dicho que no lo sois.

—¿A nosotros? —miente Germán—. ¿Y cuándo fué?... Venid aquí... oíd esto—dice Germán, dirigiéndose a la puerta y haciendo entrar a los que esperaban tras ella, Juanita y Sarófalo.

—¿Qué pasa?—pregunta Salvador, entrando.

—El señor marqués de Lucera os desdénia—dice Germán—. Afirma habernos dicho que ya no somos sus hijos.

—¿Eh? ¿Que no somos sus hijos?—pregunta Salvador, haciéndose el ignorante.

—¿Has dicho tú eso?... ¿y cuándo?

—¿Pero cómo que no os lo he dicho?—trata de excusarse el marqués.

—Acabemos de una vez con esta bromita, papá... o tú vienes a casa con todos... o nos venimos todos a vivir aquí contigo.

—No, eso no es posible—dice Vigna—, aquí no hay sitio para tantos.

—Mira, papá, lo sabemos todo y Juanita también lo sabe. No sigas fingiendo.

—Y entonces... ¿no hay modo de escoger, papá? Vamos, señor marqués—dice Sarófalo.

—Vamos, señor suegro—agrega Germán, haciendo que se abraza el marqués a su hija—. Abraza usted a su verdadera hija.

Y de esta forma ha quedado resuelto felizmente el terrible secreto del marqués, que tanto nos ha preocupado a lo largo de la trama de esta novellita.

FIN

Los artistas más célebres - Las grandes producciones - La mejor literatura

EDICIONES BIBLIOTECA FILMS

2 ptas.

El bailarín pirata	Charles Collins
Melodía de Broadway . .	Robert Taylor
Apuesta de amor	Gene Raymond
Vuelta de Arsénio Lupin .	Warren William
Héctor Fioramosca	Gino Cervi
El mundo a sus pies . . .	Lily Pons
Seputada en vida	A. Nezzari
Defensores del crimen . .	Richard Dix
Aventura Pompadour . . .	Kate de Nagi
Melodía rota	Willy Singel
Titanes del mar	Victor McLaglen
Cupido con memoria . . .	Ann Sothern
Maria Ilona	Paula Wessely
Posada Jamaica	Charles Laughton
El caso Vera	Clive Brook
Quince de Hollywood . .	Joan Fontaine
Los tres vagabundos . . .	Heinz Rühner

SERIE ALFA

2'50 ptas.

Sabú. Tocmay de los elefantes	Sabú
Tú cambiarás de vida . .	M. Redgrave
Las dos niñas de París .	C. Burghon
¿Es mi hijo?	Lil Dagover
La última avanzada . . .	Cary Grant
Vacaciones juez Harvey .	Mickey Rooney
Margarita Gautier	Creta Garbo y Robert Taylor
Mortal sugestión	Ann Harding
Una chica inasportable . .	Danielle Darrieux
Bajo manto de la noche .	Edmund Lowe
Alarma en el expresos . .	M. Redgrave
Crimen de medianoche . .	Ramón Pereda
Los dos pilotes	Jacques Tavioli
Pygmalion	Leslie Howard
Maria Estuardo	K. Hepburn
Cuidado con lo q. hacen	Michael Redgrave
Por la dama y el honor . .	Paul Lukas
El día que me quieras . .	Carlos Gardel
El signo de la Cruz	Elsa Landi
El asesino invisible	Walter Abel
El pequeño lord	Fred. Bartholomew
Tarsán de las fieras . . .	Buster Crabbe
Albergue nocturno	Greta Gynn
El misterio de Villa Rosa .	Judy Kelly
Acusado	Dolores del Río
Forja de hombres	Mickey Rooney
Lo profiero millonario . .	Jenny Jugo
Los peligros de la gloria .	Gene Raymond
La bella rubalder	James Cagney
Buscando fama	Ann Sothern
Una mujer imposible . . .	Don Ameche
El hombre del Níger	Victor Francen
Extraños en luna de miel	Hugh Sinclair
Fruto dorado	Clark Gable

BIOGRAFÍAS DEL CINEMA 1'25 ptas.

Imperio Argentina	Estrellita Castro	Alfredo Mayo	Manuel Luna
Miguel Ligero	Melvyn Douglas	Antonio Vico	James Stewart

BIBLIOTECA FILMS NACIONAL

2 ptas.

La última falla	Miguel Ligero
La reina mora	Maria Arias
Rinconcito madrileño . .	P. C. Velázquez
Maria de la O	Carmen Amaya
¡No quiero! ¡No quiero!	José Baviera
La canción de Aixa . . .	L. Argentina
Erre tres hermanas	Luisita Gorgallo
Bohemios	Emilia Aliaga
Don Floripondio	Valeriano León
Los hijos de la noche . .	Miguel Ligero
Martingala	Nino Marchena
Séptimo usted	Celia Gámez
Usted tiene ojos de mu-	
jer fatal	R. de Sentmenat
Tierra y cielo	Maruchí Fresno
¡Al-Alai	Inés de Val
¿Quién me compra un	
lío?	Maruja Tomás
Alas de paz	Lois de Valois

SERIE ALFA

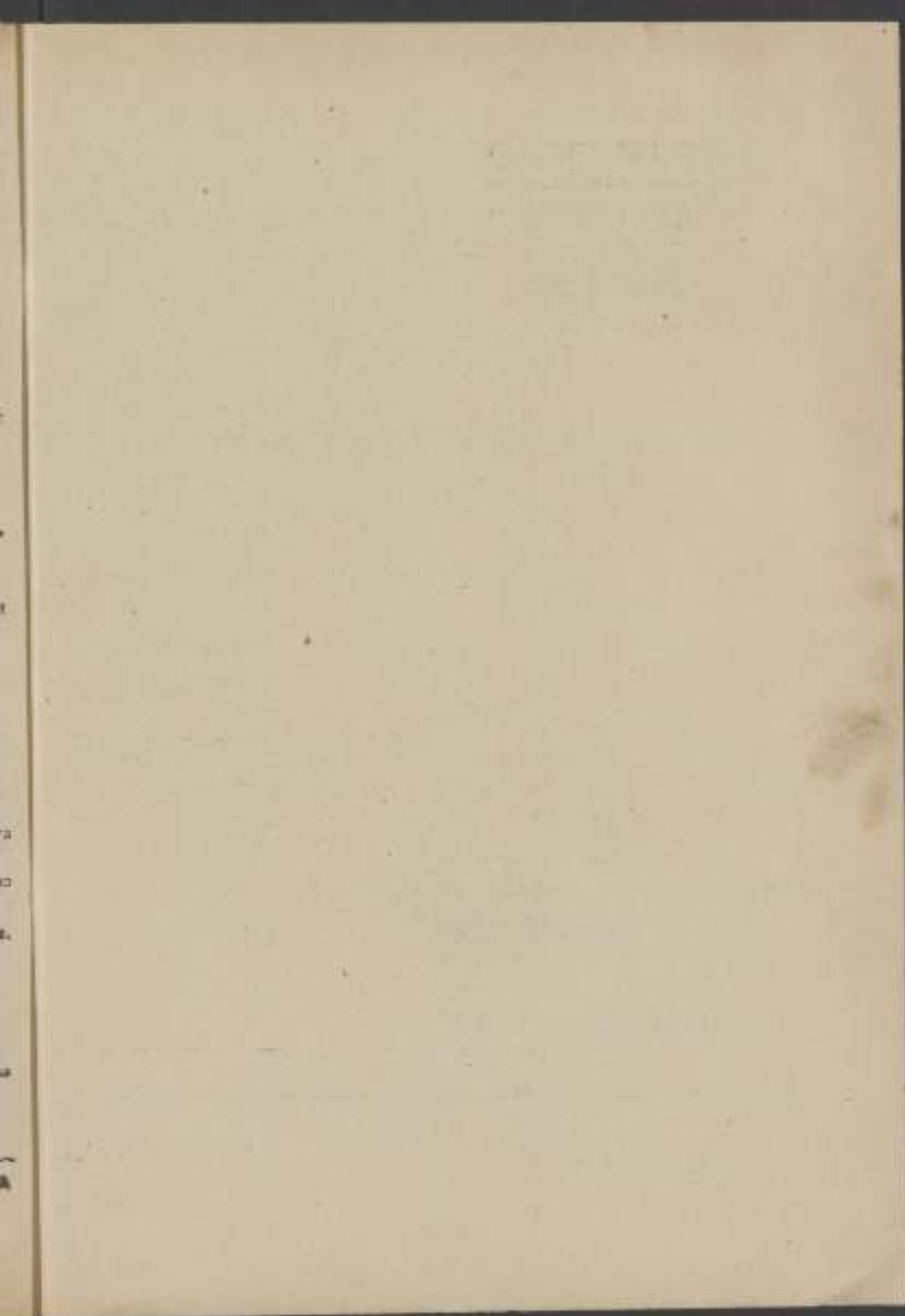
2'50 Ptas.

Carmen, la de Triana . . .	L. Argentina
El sobre sacrado	L. Gorgallo
La Dolores	Rosita Diaz
La Millona	R. de Sentmenat
Suspiros de España . . .	Miguel Ligero
Gloria del Montcava (Los	
de Aragón	M. de Diego
El octavo mandamiento .	Lina Yegros
Rumbo al Cairo	Miguel Ligero
El difunto es un vivo . .	Antonio Vico
Molinos de viento	Pedro Torsí
La alegría de la huerta .	Flore Santacruz
El barbero de Sevilla . .	Miguel Ligero
Sol de Valencia	Manuela Gómez
Melodía de arrabal	L. Argentina
	C. Gardel
Misterio en la Mariama .	Tony D'Algy
Rosas de otoño	M. P. L. Guevara
La patria chica	Estrellita Castro
La chica del gato	Isita Hernán
Un enredo de familia . .	Marcelo Vecino

SELECCIONES

BIBLIOTECA FILMS 1'25 ptas.

A la lima y al limón . . .	Miguel Ligero
La Parrala	Maruja Tomás
La Penitencia	Juan Montfort
Verbena	Maruja Tomás
Rosa de África	Rafael Medina
Noche de engaño	Amadeo Nazari
Cautivo del desierto . . .	Leslie Howard
Flor de espino	Cecilia de Triana



ADQUIERA USTED

una exclusiva del decano y clásico

"CANCIONERO"

DE



UNA VOZ Y UNA MELODIA

con las creaciones
de los maestros

**Augusto Alguero
y Ramón Vives**

interpretadas por los mejores
estilistas de la canción moderna

Un éxito más del triunvirato de
la popularidad y de la difusión

E.A.J. 1 RADIO BARCELONA

DISCOS "ODEON"

EDITORIAL "ALAS"

2⁵⁰ ptas.



BIBLIOTECA NACIONAL
MADRID, 101. (MADRID)